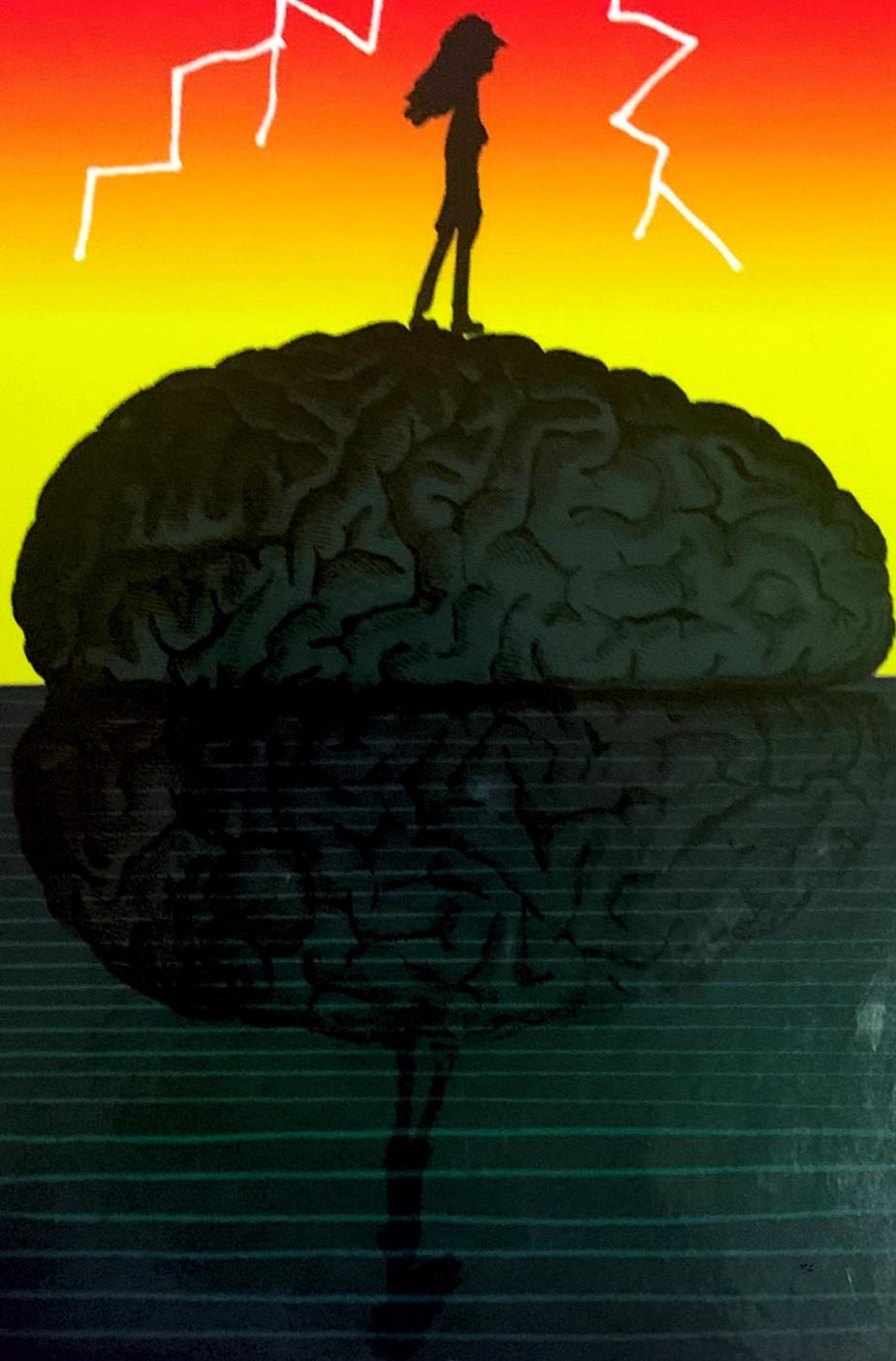
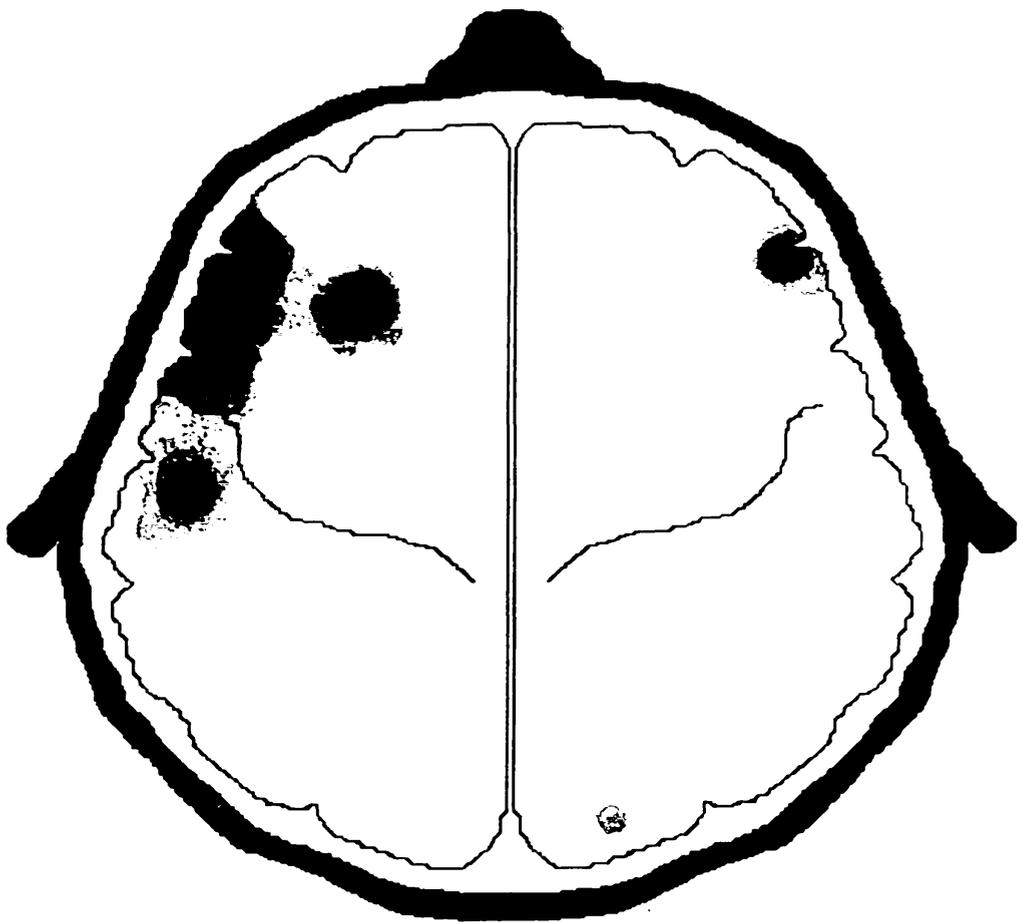


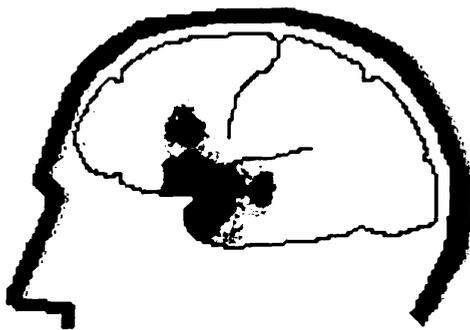
DANIELA
TARAZONA

ISLA
PARTIDA





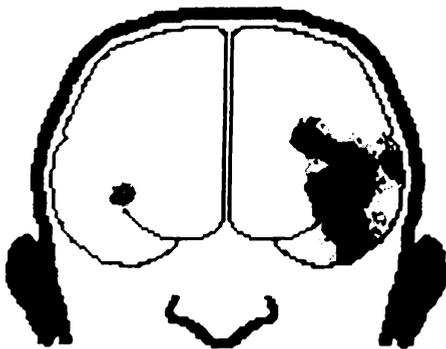
PG PA Z Theta



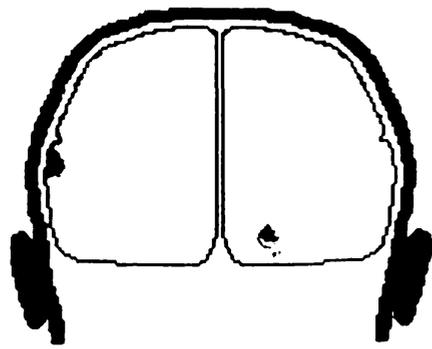
PG PA Z Theta



PG PA Z Theta



PG PA Z Theta

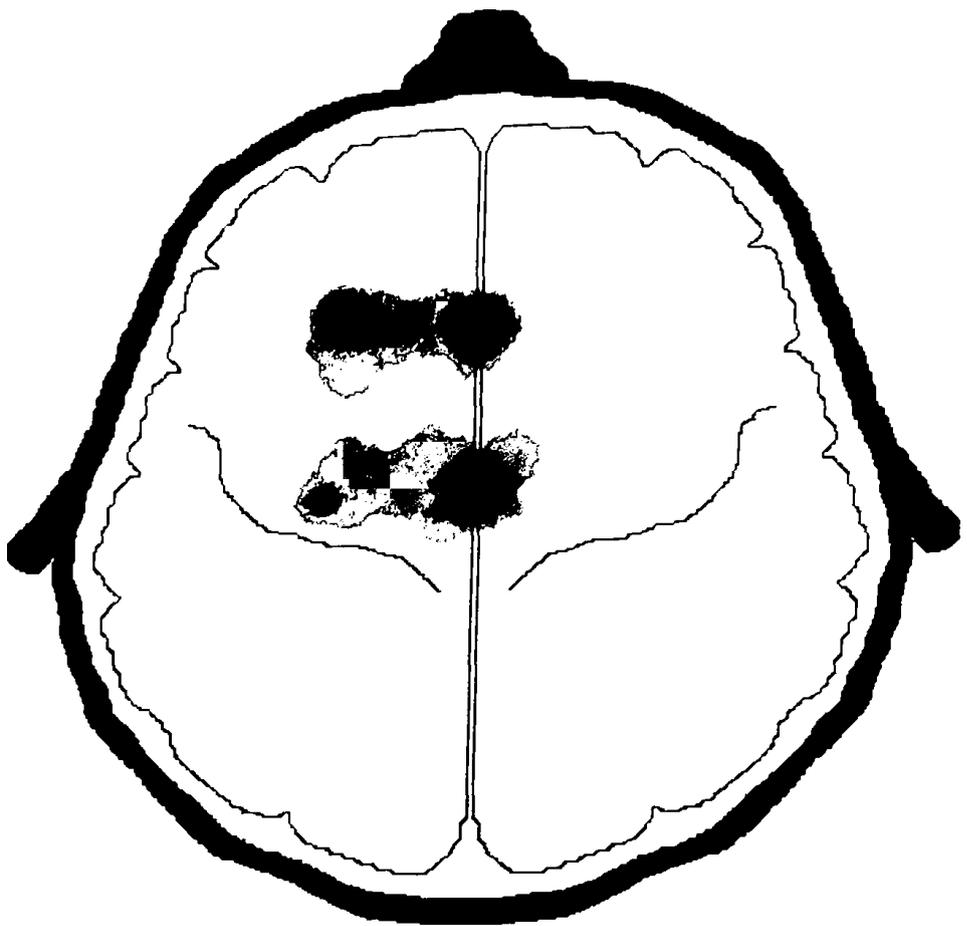


PG PA Z Theta

Isla partida
Daniela Tarazona

3.00

-3.00



PG PA Z Delta



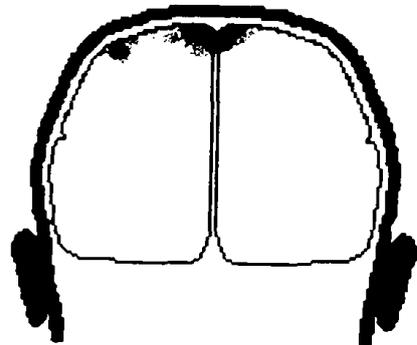
PG PA Z Delta



PG PA Z Delta



PG PA Z Delta



PG PA Z Delta

Isla partida
Daniela Tarazona

3,00



-3,00



NARRATIVA

DERECHOS RESERVADOS

- © 2021 Daniela Tarazona
Publicado mediante acuerdo con VF Agencia Literaria
- © 2021 Almadía Ediciones S.A.P.I. de C.V.
Avenida Patriotismo 165,
Colonia Escandón II Sección,
Alcaldía Miguel Hidalgo,
Ciudad de México,
C.P. 11800
RFC: AED140909BPA
- © 2021 Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940, Ciudad Universitaria, C.P. 20131
Aguascalientes, Ags.
Departamento Editorial
Edificio Académico Administrativo, Piso 9
<https://editorial.uaa.mx/>

www.almadiaeditorial.com

www.facebook.com/editorialalmadia

@Almadia_Edit

Primera edición: agosto de 2021

ISBN ALMADÍA EDICIONES: 978-607-8764-62-4

ISBN UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE AGUASCALIENTES: 978-607-8782-54-3

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Impreso y hecho en México.

*Pero, es seguro que en ese esplendor que iba delante,
ibas tú y también en la rosa profunda, roja, negra,
que volaba delante, aún más rápida que la luz.*

MAROSA DI GIORGIO, *LA FLOR DE LIS*

I

TEN CUIDADO CON LAS PERLAS

Abres la puerta de la casa. La luz marca el pelambre de la alfombra gris en la sala. Ella se fue. En la cocina, revisas el bote de la basura y compruebas el desayuno; las cáscaras de huevo descansan sobre restos de verduras pudriéndose. El aire guarda olor a agua hervida, encuentras encendida una hornilla, la parrilla arde al rojo vivo.

Vas a la habitación, no la buscas porque sabes que se fue, recorres el espacio movida por la curiosidad; no sucede a menudo poder estar dentro de una casa y ver las pertenencias de otra, observar su rastro: la colcha de la cama con la marca de sus nalgas —se cambió de zapatos antes de salir—, el olor del aire que acaba de respirar; la llave del lavabo aún goteando, el cepillo de dientes mojado. En un pequeño librero, sus anillos. Se fue con las manos desnudas para siempre.

Regresas a la sala. Te sientas en el sillón de dos plazas. Observas los rincones como si fueras a encontrar algo más. Un detalle puede ser trascendental. Entre el amasijo de cables de la televisión y el teléfono ves una pequeña pelota. (Recuerdas que tuvo una gata, Faustina, y que se fue a la semana de haber llegado). En el otro extremo, bajo la banca en la que ella puso tres macetas, distingues las tiras de la alfombra deshilada.

Hace calor. Abres la ventana para que entre el aire. En ese momento suena el teléfono. Escuchas su voz grabada advirtiéndote, como es, que no está. Después de la grabación, un mensaje.

—Hola, por favor, llámame cuando regreses.

La casa es pequeña y está atravesada por la luz. Tiene el número tres en el muro, a la par de la puerta de entrada. La blancura de las paredes ciega un poco.

Debió de salir sin que nadie la viera. Tal vez se asomó por la ventana que daba al pasillo común y se cercioró de que no hubiera ni un alma. Incluso pudo haber girado la llave dentro de la cerradura despacio, con tanto cuidado que nadie escuchó la puerta abrirse. Salir sin ser vista fue su anhelo desde hace tiempo, lo sabes.

Te pones de pie y caminas hacia la puerta. La llave pende de la cerradura. Si la llave está en tu mano, ¿cómo salió?

Escuchas los motores de los coches afuera cuando la luz del semáforo está en rojo, luego avanzan. Ella partió temprano, una hora después del amanecer. Llevaba un vestido verde, el pelo en una coleta, los zapatos negros con tiras alrededor de los tobillos. La calle estaba casi desierta, como puede suponerse. Solo un coche rojo, último modelo, se detuvo en el semáforo. Dentro iba un hombre que se rasuraba con una máquina conectada a algún dispositivo del auto. El hombre sí la miró de reojo y, simplemente, siguió su camino. Ella cerró la puerta con cuidado y dejó la vecindad.

El sol ahora está en el centro del cielo.

Escuchas el sonido del refrigerador. Vas a la cocina y lo abres. Hay dos botellas de agua grandes y llenas, un frasco de mermelada, una mantequera de cerámica roja. En el cajón de las verduras: una cabeza de ajos, una berenjena y una cebolla a la que le han crecido brotes verdes.

En la estantería que está a la par del refrigerador ves tres botes de avena instantánea.

Tienes ganas de orinar, así que vas al baño. Observas cómo la cortina blanca de la regadera llega al suelo y tiene manchas negras que son, con toda certeza, hongos producidos por la humedad. Admiras la loza del suelo con figuras geométricas, la más pequeña es de color rosado y la mayor, morado oscuro; son rombos magníficos que se despliegan sobre el fondo blanco.

Sobre aquella loza, en otro tiempo, se vieron las salpicaduras de la sangre de ella. La caída por efecto del vino. La historia también se trata de la mujer con la frente amplia.

Miras el espejo que está sobre el lavabo. Ella pegó allí la calcomanía de un mandala. Ese espejo estará colgado de otra pared, en otro baño, y reflejará el rostro de la mujer de frente amplia que morirá. En la dirección opuesta ves dos macetas diminutas sobre el rellano de la ventana. En aquellas plantas vive la mujer a la que le sobresalen los dientes. Al mirar con atención el nacimiento de la planta te es posible distinguirla: su cuerpo tiene el tamaño de la falange de un dedo pequeño y allí está la mujer miniatura regando la tierra, alimentando con agua el jardín de la maceta.

Tiras de la palanca. Tu orina se va.

En la pequeña mesa donde están los enseres del baño, ves un bote de crema que tiene escrito en la tapa con una letra infantil "para el día y la noche" —la caligrafía fue rematada con una diminuta cara sonriente—.

Entras a uno de los cuartos contiguos. Encima del escritorio está su computadora. Es un hallazgo. Habías soñado la misma escena. El interior de la máquina te hace pensar en un cuerpo. Es una obviedad, pero las piezas de metal dentro de ella, los cables delgadísimos señalan que el sueño fue cierto. Y a esta máquina, te dices, le extrajeron el cerebro.

Te das la vuelta y ves las paredes del estudio. Llaman tu atención porque en ellas están colgadas las cartas de la lotería. Distingues el sombrero, el diablo, el catrín... Ocupan los espacios de los muros entre los libreros con los ejemplares en doble fila, a punto de caer al suelo.

Desde el estudio, ves a una persona atravesar el pasillo de la vecindad. Es un hombre de estatura mediana, va despacio, parece que tiene alguna lesión en las piernas, sus hombros bailan, sube uno, baja el otro. Lleva pedazos de cartón grandes bajo el brazo, va hacia la puerta que da a la calle.

Cruzas el baño para llegar a la habitación y esconderte. Te sientas en la cama sobre la marca que ella dejó. Miras hacia la ventana que da a un patio interior. Te quitas los zapatos despacio, como si tuvieras el tiempo de la eternidad y te recuestas lentamente; cuando tienes la cabeza sobre la almohada, subes los pies. Colocas tus manos sobre el vientre, entrecruzas los dedos. Miras el techo. La humedad solo ha alcanzado las paredes. Poco a poco, el sueño llega. Te duermes. Irás hacia las profundidades. En realidad, ella acaba de salir. Viajará a la isla.

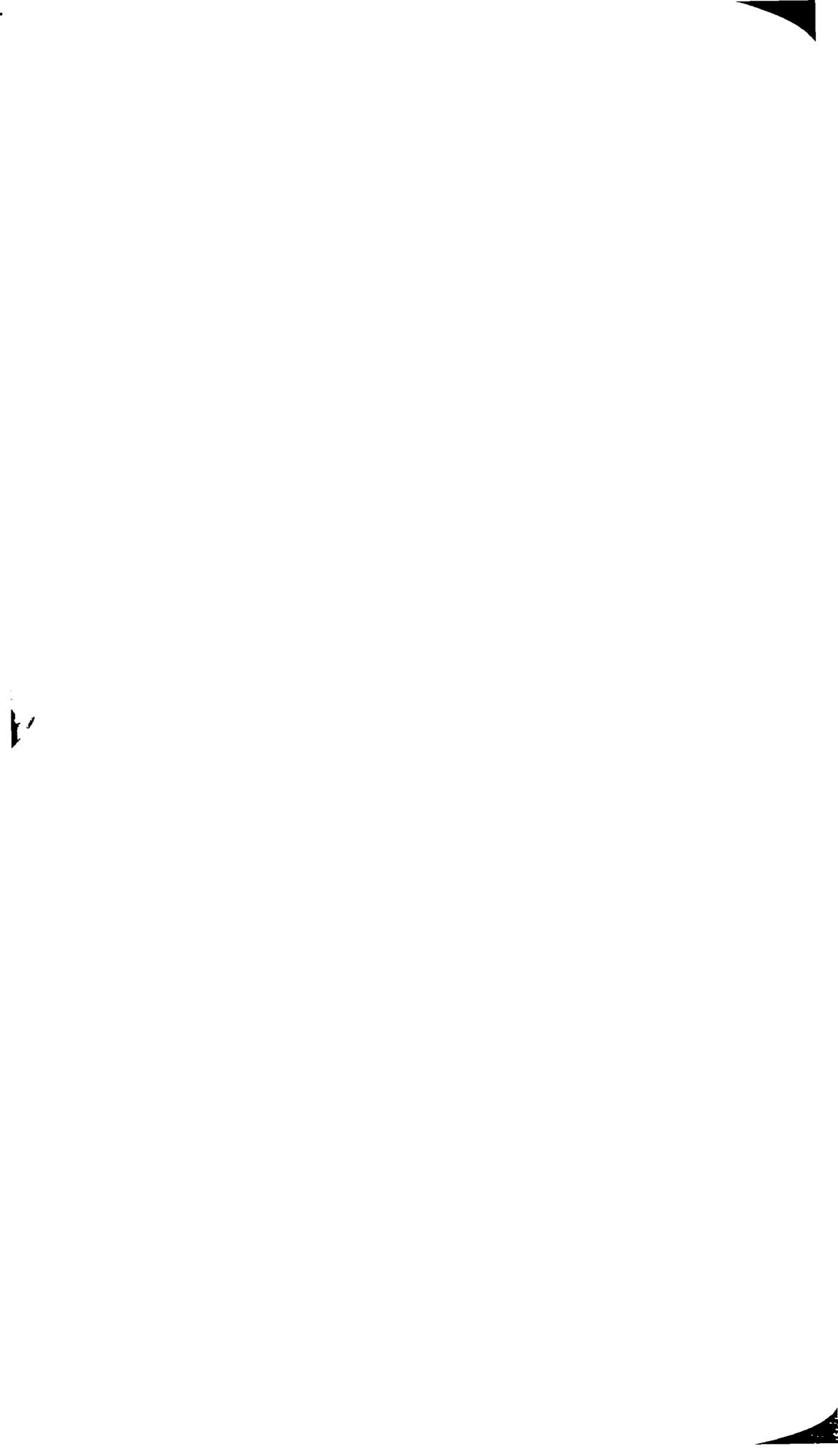
El hombre que viste lleva las cajas de cartón a la azotea. Está de pie sobre el techo que tú podrías ver a través de la ventana si estuvieras despierta. Apila las cajas y las ata con un trozo de cuerda desgastada.

Después de comerse el huevo con un poco de sal, pimienta y limón, ella tira la cáscara al bote de basura. Lava la taza que usó como recipiente y la coloca en el escurridor. No se da cuenta de que deja encendida la hornilla.

Se detiene bajo el umbral de la puerta de la cocina y se mira las manos. Cierra los puños como si estuviera probando su fuerza. Respira hondo. Se le nota nerviosa.

Va hacia la puerta. Gira la llave, casi puede decirse que, en silencio, vuelve a respirar; allí afuera la espera un hecho inquietante.

Se asoma, poco antes de cruzar el umbral, y revisa que nadie esté, en ese momento, caminando por el pasillo de la vecindad. Deja su casa. No vuelve la vista atrás. Tira de la manija. Se va y no lleva abrigo. Dos perlas adornan sus orejas.



SUPERPOSICIONES

Hay una fila de diez personas ante la puerta de la letrina. Eres la siguiente. Entrás, te acucillas y pujas para defecar. Abajo, tras el orificio por donde caen los desechos, hay balle-
nas jorobadas. Cuando terminas te limpias con un papel de color *beige* cuyo cilindro pende de un alambre.

Al salir, ves que la persona que estaba atrás de ti en la fila se fue.

Ha llegado la tarde de un día de verano a una ciudad inmensa.

Ahora recorres la calle. Encuentras aquel olor fétido: vapores emergen de las coladeras.

Llegas al siguiente cruce. El automóvil rojo y último modelo se estrella contra un poste. El conductor muere.

Te sientas en la banqueta a esperar. Quieres ver si llegan las ambulancias pronto o si se tardarán demasiado; no importa, de cualquier modo, que tarden demasiado.

Transcurren algunos minutos. La gente que va por la calle se detiene, igual que tú, a observar el acontecimiento. Te parece que ahora el olor fétido de las coladeras es más intenso, quizá se trate del olor a muerte.

Los paramédicos bajan de la ambulancia a toda prisa. Uno de ellos trae un mazo y golpea el cristal del conductor.

Luego mete medio cuerpo, sale del coche y afirma: está muerto. Vuelve adentro, esculca al muerto y desde su cuerpo robusto, dice: se llamaba Serafín.

Te pones de pie. Alzas la vista y ves, en lo alto, un dirigible inmenso que flota en el aire. El dirigible lleva escrita la marca del refresco más famoso del mundo (y entonces lees): Coca-Cola. Irrumpe en tu mente ella, la mujer que se fue a la isla con sus ojos inquietos. Ella, en realidad, eres tú.

Han transcurrido dos horas desde que te dormiste. Cuando despiertas te sientes renovada por el sueño. Era necesario, piensas, tener dentro el olor de las alcantarillas. Recuerdas que hace poco fuiste testigo de un accidente en la carretera y que murió el joven de quince o dieciséis años que se llamaba como el conductor en tu sueño: Serafín.

Vas hacia la cocina y te sirves un vaso con agua. Miras a través de la ventana el color del cielo. La tarde será espléndida.

Cierras los ojos y piensas en tu madre que ya no está en este mundo.

Algo que le dijiste cuando agonizaba:

—El terreno, mamá, está hermoso con los árboles que sembraste, inmensos ya.

—Eso estuvo bien —respondió, desde su sitio de muerte.

Ella buscó que la línea de tierra que daba a la calle estuviera tupida por pinos.

Alguna vez, esos árboles ardieron entre las llamas de un incendio.

Cuando eran niños, buscaban restos prehispánicos allí, entre la tierra recién labrada. Y los hallaban: restos de vasijas, puntas de flecha de obsidiana, rostros pequeños de barro; bordeaban los agujeros hechos por las tuzas que se comían las raíces de la siembra. Después, engarzadas a los calcetines, encontrabas ciertas semillas de forma redonda, con el contorno espinoso, que te picaban en los tobillos.

Ante los recuerdos y la muerte de tu madre, extiendes hilos que salen de tus sienes en una procuración de alcanzar lo que ya no está, lo que no es y fracasas. Te da rabia.

Y le preguntaste, mientras se estaba yendo:

—¿Me das la mano para que te la caliente un poco?

Ella acercó su mano izquierda y te la dio. No conocías un frío así. La tomaste entre las dos tuyas acunándola como a una criatura extraña. Las uñas le brillaban, estaban vivas.

Habla del vínculo entre la tierra y el cielo. Di: si hubiéramos querido, madre, habríamos desintegrado juntas lo que estaba alrededor. Tus poderes, altísimos, podrían haber afantasmado los muebles, los muros de la casa. Quizás lo hiciste, y yo no fui capaz de verlo.

Tal vez, los empleados de la funeraria giraron mi cuerpo sobre la cama y salió de mi boca un esperpéntico líquido color negro, a la manera de Madame Bovary. Luego podrían haberme llevado con los pies por delante a prepararme para el velorio.

Lo cierto es que fuiste hacia su guardarropa y sacaste el traje de seda color coral que te había enseñado unos meses antes. Pensaste que lo querías usar ese día. Lo supusiste —fue una superposición—.

Podrías haber abierto la ventana para que su espíritu saliera libre por ella. Y habrías encendido una vela.

—Aunque sea, por favor, una llama pequeña aquí —podrías haber dicho en un susurro.

Poco antes de que muriera, ella te preguntó cuándo ibas a dejar de fumar y tú fuiste a buscar un cigarro para enseñárselo y fumártelo luego, en el balcón, como una afrenta.

Decir la manera del pánico, la voz del terror. Acude al grito, alcánzalo en la boca para darlo a entender. Ahora mismo estás gritando. Lo haces con tal fuerza que la vena yugular sobresale en tu cuello.

Es el dolor. La mirada puesta sobre los árboles busca el sentido. Crees que es preciso dar con el sentido, es decir, crees que hay asuntos que significan. Por ejemplo: hay un retrato pintado con óleo en el que tienes una estrella sobre la frente.

El esfuerzo no será en vano.

Cuando el desdoblamiento sucedió la primera vez, no hubo voces. Nunca ha habido voces, solo pensamientos sumados de manera veloz, uno casi encima del otro. Tampoco tiene fauces; el horror es insoportable porque carece de boca.

Abres las palmas de las manos; allí están las manchas diminutas y rojizas. La sangre acumulada. Hubo una vez una mujer que te dijo: esas manchas son el signo de una enfermedad mortal.

La cirugía fue larga. Dicen los médicos que ella está bien. Tu madre se rapó. Se ve más alemana que antes. Los médicos comentan que quitaron la mayor parte del tumor. La mayor parte. No alcanzaron el resto.

Estuviste con ella en el hospital muchas veces.

—Es un caso que debe documentarse —dijo un especialista— la señora soporta las quimioterapias de manera inusual.

(Se fueron. Ellos estuvieron durante muchas noches y días detrás de ti, mientras tu madre estaba enferma. Vigilaban tus acciones, el ir y venir al trabajo, la correspondencia, las llamadas telefónicas, tu escritura, la manera en la que te inclinas cuando vas caminando por la calle. Ellos vieron eso. Lo que no sabes es para qué).

La luz de la tarde de este lunes es suave. Quieres decir: hay nubes a lo largo del cielo que alcanzas a ver. Las personas que has encontrado, durante el trayecto al sitio de taxis, muestran la resignación propia de cualquiera que vive un lunes. Trabajan, tienen buenos modales, no esperan nada del día excepto su transcurso. Que las cosas vayan en paz, que sea un día más o menos generoso para la mayoría, para los clientes, también para las mujeres que salen de sus casas.

Un amigo te dijo que cualquier persona estaba loca; hay algo desajustado en la mente de todos, “quizá en tu caso sea más visible”, añadió. Los ojos demasiado grandes, la manera que tienes de hablar —a veces se te quiebra la voz y no sabes por qué—. Respecto de lo visible, entonces, puedes argumentar que lo invisible es aún más interesante. Por ejemplo, di:

imaginen lo que guardo dentro del cerebro, fabulemos: ayer y antes de ayer tuve buenos sueños. En uno de ellos decía mi nombre. Me llamaba como me llamo en el sueño.

Lo que pensabas antes, ¿a dónde habrá ido?

Ella se fue.

Habla de su olor. Di que olía a animal en peligro, también a crema humectante.

Llevaba el rostro lavado, como solía hacerlo, el día que se fue a la isla. Con ella partiste tú; de su mano ibas siendo una extensión de su cuerpo.

Recoge las manos sobre el regazo para detener un poco de ti misma y que ella no se fugue completa. “Resguardar” es la palabra. Permite que ella resguarde y que te dé el hálito preciso para nombrar lo que has visto.

Había una vez el sol. Esfera hirviente. Si la palabra era “ella”, quería decir “tú”; estabas reproducida. Ella sobre ti. Tú sobre ella. Dos cuerpos que giran en círculo.

–Miren con atención –dijiste. Las piernas convertidas en brazos. La cabeza siempre a manera de estorbo entre las piernas, al lado de las manos, mirando alrededor como diosa antigua.

El mundo se parece a ellos, a los que te persiguen. Si aceptas el consejo, ejerces la fuerza de la máscara. Ponte una, dijo un hombre, como hacen los demás. Y te pusiste la de ella, con la máscara puesta se respira mejor. Ves los rostros superpuestos de los otros y te sientes un poco menos triste con tu propia máscara. No quieres ser humana. Dilo, enúncialo, no

ser parte de la especie que aniquila las almas de los otros.
No serlo.

—Heme aquí —dices. Y agregas: No soy humana.

Cuando llegue la tarde, el sol va a desaparecer detrás del horizonte invisible; los edificios ocupan su línea. La ciudad se agita. Los edificios se vacían de cuerpos. Ella viajará en avión.

Pasa a su lado un hombre de mediana edad que lleva en la mano un ramo de ruda. Es el mismo hombre que, en otro tiempo, frotó su espalda y sus piernas con un ramo como ese.

La multiplicidad de pensamientos sale cara. Contó los billetes; ella había ahorrado para poder ir, el siguiente mes, a leerse las cartas. Pero ya no tiene sentido. No irá.

La nueva sustancia te ha provocado sueños luminosos, te enamora, de manera sutil, como si te besara despacio la boca, la sustancia te seduce y roba, a pesar de ti, tus recuerdos. Quieres transmitir la terrible angustia previa, los días de persecución, pero se han terminado. Una nostalgia ácida te invade ahora mismo. No escucharás en la radio ninguna frase más que pueda aludir a tu persecución. El terror se ha esfumado, como por arte de magia.

Es posible que otros te miren pensando que no estás bien. No importa, tampoco. Permanece en ti un sentimiento más hondo que la desidia. Ha sido un tiempo prolongado de sufrimiento. El derrumbe, la precipitación, el grito, la soledad cruel. Tras el horror, el vacío: la transparencia de los hechos, la pérdida del desequilibrio a cambio de la suavidad de un

químico que te devora los pensamientos tormentosos. Eras el mar.

¿Cómo se vive sin creer en nada? A veces, cedes ante la luz. Eres susceptible a la belleza. La luz del sol es un ejemplo. Luego pierdes esa capacidad. A cambio, miras alrededor para comprobar que la percepción engaña: ningún suceso tiene importancia. Construimos ilusiones para resistir. Bajamos la cabeza para que venga otro y nos la corte.

Si soñaras con la bomba atómica como lo hacías en la infancia, ahora la mirarías caer. Enuncia la certeza. El mundo se va a acabar.

Tu primo Rafael tiene un pequeño huerto en su casa. Él también cree que el mundo se puede terminar. El augurio de la ruina lo llevó a sembrar jitomates y betabeles. Comer de la tierra propia es la única manera de vivir sin envenenarse. Los alimentos crecen por el abuso. En una maceta cuidada por uno mismo, el fruto es ideal.

¿Habrás nacido leyéndolo todo hasta quedar exhausta?

La doctora te preguntó: cuando eras niña, ¿eras muy fantasiosa?

LA MUJER DE LA ISLA

La isla a la que ella se dirige apareció sobre el mar tras la erupción de un volcán submarino.

Cuando su traslado inicia, ella siente el vacío a la altura del ombligo. Ha dejado la casa de la vecindad para irse a la isla porque sabe que no puede vivir más. No tiene ganas. Los días previos a su partida pensó en sobrevivir, pero se trató de una confusión. Visitó a su amiga, la menos apta para acompañarla en el transcurso a la muerte, esperó sin hablar con nadie más y caminó hacia el final. No preparó nada ni dio aviso ninguno porque consideró que era innecesario. Se despidió de asuntos desconocidos dentro de sí, como lo haría una persona muda.

Si ella hubiera sido enterrada después de su muerte, ocuparía una fosa común.

Ahora lleva la maleta roja, de mano, con seis prendas. La isla se encuentra deshabitada. Ella podrá pasar la tarde allí y morir luego, cuando caiga la noche y el cielo se pueda ver con estrellas. Lleva la bolsa de pastillas. Lleva el retrato de su madre y las palabras de su padre enroscadas en las orejas.

Sentada tiene las manos cruzadas sobre el regazo. Otea la avenida gris que la conduce en un taxi hacia el aeropuerto. Está mareada por falta de alimento. Tiene frío y los dedos de

las manos son como salchichas rojas, con sangre acumulada. Es verano; sin embargo, ella tiene frío.

Meses atrás estuvo de viaje por otro país. No significa, de cualquier modo, que el mundo le haya ofrecido oportunidades. Ella miró en torno suyo y se sorprendió ante los sitios que consiguió visitar, aunque no le importaron lo suficiente como para no morir. Es probable que a las personas con las que convivió durante aquel traslado, les haya causado desasosiego saberla muerta por su propia mano.

La mujer es joven y asiste a su final. Será ella misma testigo y causante de su deceso. Tal vez se trata del acto más egoísta que puede emprenderse. Ser el verdugo propio, eludir lo que se considera la muerte natural. Hacerse de la única muerte.

En el mundo conocido, vivir se ha vuelto una tarea insostenible. Los astrólogos han vaticinado, desde años atrás, que la humanidad atraviesa periodos oscuros y que serán prolongados en el tiempo. En esta época cualquier cosa está a la venta. Los pensamientos se negocian como productos. Las emociones son intercambiadas por dinero.

La mujer no quiere continuar. Ha creído en la vida extraterrestre llevada por la esperanza; ha sujetado su ánimo a la nutritiva idea de la reencarnación; ha propiciado cierta destreza para adaptarse a la realidad, aunque no ha sido suficiente, y ha resultado repelida una y otra vez. Alguien que conociera su personalidad, eso que se nombra como carácter, podría afirmar que en ella el sufrimiento es constitutivo, y la frase se clavaría sobre el muro de la verdad para lapidarla a ella. Su cuerpo, tal vez, haya experimentado la sensación de hallarse enterrado con vida, atrapado entre ladrillos; dentro de un muro terrorífico, ella respira todavía, lo hace desde el pavor.

Ella es varias mujeres. Encarna la vida dolorosa de las escapistas que se rebelaron desde el origen y para quienes era imposible realizar incendios. Ella es como las que han resistido la ruina y renacido para estar, de nueva cuenta, sumidas en el horror. Aunque conozcan la perenne condición de la existencia: hacia la ruina iremos todos, algunos con menor inquietud, otros perdidos en el sinsentido.

Esta mujer, entonces, representa multitudes. No es circunstancial y tampoco carece de relevancia su deceso, ya que con ella llegan a su fin incontables ojos fuera de sus órbitas: las miradas atroces y de altísima inteligencia que se extinguen tras no resistir la inclemente vida terrenal. La humanidad realiza purgas y exterminios ahora, acaba con aquellos incapaces de adaptarse a su mecanismo de uso y desecho. Ella es potencia y franqueza, sus palabras se alzan sobre las cabezas de los otros a la manera de plegarias y se halla así fuera de lugar. Las voces que se pronuncian y ascienden a las alturas no son bienvenidas ya. El deseo del intercambio productivo despoja de sentido a la palabra. Ella callará para morir con dignidad.



TE TRASLADAS HACIA ALLÁ

Estabas cosiendo el dobladillo de un pantalón cuando, por la ventana de tu cuarto, viste una ráfaga de luz que, al instante siguiente, se transformó en una bola de fuego gigantesca. Tragaste saliva. Era del todo cierto que atestiguabas con los ojos bien abiertos el paso de un ovni. ¡Un ovni! Corriste a decirle a tus hermanos, los tomaste de los brazos, los sacudiste para que fueran a tu cuarto y se sentaran contigo a esperar que lo insólito volviera a presentarse, pero no. No ocurrió de nueva cuenta.

Lo escribiste en tu diario: Hoy vi un ovni por la ventana de mi cuarto. Y ya. No le dijiste a tu tía Clementina, a pesar de que ella hubiera sido la única en creerte.

Habías adornado el escritorio con papeles de colores en los que anotabas frases de los libros para sujetarte de ellas. El escritorio también era una suerte de nave espacial, con estantes arriba de tu cabeza, y metías casi medio cuerpo dentro para viajar.

El póster de E. T. con el dedo encendido y los ojos mirando a la cámara era un recordatorio de la libertad. Si el extraterrestre podía sostener el dedo encendido con esa franqueza ante los ojos del mundo, ¿qué era imposible?

Sucedían cosas extrañas en la casa. Tu madre decía que

desaparecían sus pertenencias, que alguien venía por ellas y las cambiaba de sitio, pero al poco tiempo regresaban a algún lugar.

Lo más misterioso en esa época fue la transmisión del rostro de Cristo. En el descanso de la escalera estaba colgado un cuadro del rostro de Cristo que tu abuela le regaló a tu hermano mayor. Cuando lo descolgaron para quitar el papel tapiz y pintar la pared de blanco, el rostro completo de Cristo estaba dibujado: los ojos, los pómulos, la barbilla, el pelo. Un desastre o lo contrario. Nada. La humedad que hacía experimentos con los cuadros de la casa.

También en una iglesia del barrio apareció sobre uno de los muros exteriores la Virgen de Guadalupe. Y las personas iban a pedirle favores y a dejar ramos que colgaban de una varilla clavada en la piedra.

El techo de tu cuarto estaba construido con ladrillos y vigas de madera. En uno de los ladrillos se podía distinguir la huella de un perro. Una sola huella del perro de una pata.

Cuando eras pequeña jugabas con tus hermanos a los superhéroes. Los suéteres de la escuela eran capas. Y desde una barda de cantera que cercaba el jardín saltaban al pasto con un grito triunfal.

-Mi hija tiene leucemia, deme algo.

-No tengo cambio -le dijiste.

-Aquí yo tengo cambio -te respondió el hombre.

Este mundo se trata de actos simbólicos. Se llevó el teléfono al oído. Su hija era víctima del abuso. Las palabras "leucemia" y "cambio" así lo indicaban, pensaste.

Un hecho fidedigno: cuando lo miraste a los ojos una fuerza industrial absorbió el miedo de tu cerebro, como si en la mirada roja del hombre se materializara el poder de una aspiradora superior. Si alguna vez encuentras frente a ti un coche con nombre de aspiradora, considera que una fuerza subrepticia y terrible ha decidido aspirar de tu interior lo que considere sabroso.

Debiste anotar las visiones. Ahora los detalles no pueden recuperarse.

El hombre que te vio desde la calle y alzó la mano era perverso también. Alguien le había avisado que pasarías por allí en ese preciso instante. Entonces, alzar la mano era saber que estabas de acuerdo con ellos. Un gesto de hermandad de parte de un desconocido.

Peligro de muerte.

Tu madre salió del baño, se lavó las manos un buen rato y luego sacó de su bolsa un brillo de labios. Se pasó la barra tres veces por el labio de abajo y dos por el labio de arriba, pintándose desde el centro hacia fuera. Luego los juntó y los frotó uno contra el otro hasta que se esparció bien el brillo rosado.

La primera vez que la viste parada de cabeza, sentiste un asombro profundo. La facilidad con la que subía las piernas hacia el techo te maravillaba. Desde allí te hablaba: Ven y te enseño, decía. Pero no lo aprendiste. Pararse de cabeza era un asunto que exigía seriedad, debes de haber pensado, formal, como eres. Tu madre hacía los ejercicios de yoga con tanta aptitud que después fue maestra.

Una mañana, salieron rumbo a Chapultepec. Irían a reunirse con el Swami, *el camarón*. Los discípulos eran numerosos. Cada quien debía llevar un poco de comida. Tu abuela preparó unos sándwiches y tu madre una ensalada. Comieron allí, al pie de los árboles, escuchando el rumor de los coches. Había pan. Tu abuela dijo que el pan se había multiplicado, afirmó con admiración: el Swami hizo que hubiera más pan, ¿se dieron cuenta? La comida no habría alcanzado. Lo hizo y no dijo nada, como suele hacer. Así es él.

Querían vivir mejor.

Las llaves del lavabo de tu cuarto en la casa de Cuernavaca eran magníficas: dos conchas marinas, y el chorro de agua salía por la boca de un caballito de mar hecho de bronce. La amplitud de la sala propiciaba que respiraras profundo y la atravesaras con orgullo, presumiéndola a compañeros de la escuela que no la conocían, y los imaginabas de visita.

Afuera había un porche, desde allí se veían los aguaceros en primera fila.

Ese día, tu abuela no quiso hablar de sus capacidades insólitas. Le insinuaste algo mientras miraban el atardecer sentadas en el porche, pero ella cambió de tema.

Te habló de su viaje a la India.

—Cuando vayas, quítate la cabeza al llegar. Nada de lo que conoces te servirá allá.

Tú eras Gretel y tu primo Manuel, Hänsel; actuaban con todas sus fuerzas. Era la segunda vez que la abuela los ponía a actuar. Un verano antes, habían montado *Sueño de una noche de verano*, con presentaciones en las casas de la familia. Como eran muchos primos y los personajes no alcanzaban, tu abuela escribió para ti unos versos. Fuiste el lucero de la mañana, con una peluca de hilos plateados sobre la cabeza.

¿De qué manera una historia puede cruzar mares inmensos?

¿Qué significa comer mientras eres vigilada desde las esquinas cercanas? ¿Los viste?

Los juegos de la perversidad son notorios a cualquier hora del día. El sol en el centro del cielo alumbra millones de intercambios repugnantes.

No puedes hablar de la magia. No hay modo. Boca que se abre, manos que escriben, para decir: la magia es. Tienes la muerte encima.

—Yo te conozco, pero no sé quién eres —te dijo un anciano que deseaba el cuerpo de la mujer que estaba sentada a su lado en el café, una joven hermosa. De ningún modo el cuerpo de ella se desnudaría ante los ojos del viejo.

El huevo revuelto estaba en tu esófago todavía. Imposible digerirlo, pensabas.

—Creo que me voy a morir —pudiste haber dicho allí, con tu amiga enfrente, en el café.

Todo significaba otra cosa. La manzana no era ya más una manzana.

Si un familiar querido estaba en peligro debías ir a un café que tuviera el nombre de su destino. Ay, pero eso lo pensaste después. La calle era el sitio donde podría suceder

tu muerte. Habitabas dentro de una cárcel de proporciones
inmensas.

Él no corre ya ningún peligro, pensaste. Tu acto tuvo
una dirección correcta. Tomar el café aquí ha estado bien.



RETABLO DE LAS MARAVILLAS

Al fondo del paisaje hay un atardecer. Un pájaro amarillo vuela en lo alto del cielo anaranjado. La figura principal del retablo es una mula de palma, lleva granos de arroz pintados de azul, está apoyada en un suelo donde se lee: "Felicidades". Atrás de ella hay una espiga de trigo, a su lado una esmeralda, un prisma pequeñísimo y una canasta minúscula. Hacia la derecha, un búho dorado mira con los ojos muy abiertos. Del techo cuelga un Santa Claus rojo hecho de vidrio soplado en miniatura, parece que desciende por una cuerda mínima, no trae regalos —es un san Nicolás, como decía tu madre—. Al extremo: un dije de plata con una luna y un sol, unidos. Más abajo está colgado el rostro plateado y sucio de un brujo con una cuenta de color negro pegada al cuello. También hay una escoba de papel en una esquina, puesta de cabeza. Arriba del búho, enhebrados dentro de una tira de *crochet*, de hilos rojos y blancos, una perla y una cuenta de ámbar.

En la parte baja del retablo, un plato diminuto con flores adorna el fondo, a su lado: una esmeralda más, en bruto; una paloma blanca, una cuenta triangular de ojo de tigre y la calcomanía de un gato amarillo que observa la escena con seriedad o incredulidad, no se sabe. A la izquierda, un florero minúsculo de porcelana, pintado con flores negras

en la base y rosadas más arriba y, a la par, un huevito blanco con el cascarón roto y reparado.

Sucede que estás rodeada, eres una isla circundada por el agua: los paquetes de papeles junto al escritorio, los libros, la maleta con las joyas. Cosas de tu madre. Notas. Cartas. Los manuscritos de la abuela.

Te pasan cosas extrañas. Los adornos del retablo de las maravillas parecen contar con precisión el presente que vives: tienes un gato anaranjado, a la casa han llegado los platos de porcelana pintados por tu madre y escribiste una novela en la que una mujer pone un huevo. El retablo existió antes que la novela. El orden de los hechos en el tiempo, ¿tiene relevancia verdadera? Estar rodeada significa hundirse en la arena. Tu cuerpo se pierde entre los objetos, apenas puedes abrir los ojos. Ver es un estado de gracia, aquí, ahora mismo.

La ausencia de tu madre es más dolorosa con el paso del tiempo. La necesitas. Debe de ser mentira que murió. Ella te regaló el retablo en tu cumpleaños.

La cosa sucedió así: ella estaba sentada viendo el horizonte atestado de edificios.

—Allá —dijo, con los ojos bien abiertos —estaba siendo real—. Fue entonces que cayeron las bombas. Decidió irse a la isla. Ella se fue.

La fotografía de tu abuelo materno que sostienes ahora entre las manos te enseña las cicatrices producidas por las esquirlas, los pabellones de las orejas abiertos por herencia, los labios delineados. En la tela del saco, se distingue el brillo del polvo. Otras bombas cayeron a su lado.

Vas a masticar las frutas sin dientes de ahora en adelante, como viste que lo hacía tu abuelo en el asilo de ancianos. Madre del Carmen, se llamaba el asilo. Mastica las frutas sin dientes, hazlo ahora mismo. Las encías desnudas. El labio superior hundido en la cara. Las manos sobre las rodillas. Habla sobre *Los perros de la guerra*, el libro que leyó tu abuelo, di: se trata de una historia. Mastica las cerezas con las encías y echa las semillas detrás de un mueble como lo hizo él.

Deja que pase una anciana en silla de ruedas con un biberón en la boca sostenido por su mano delgadísima.

Ahora estás de pie en la puerta del cuarto, eres una anciana, pero meneas las caderas al caminar, todavía. Miras al

viejo que tienes enfrente, dices: sigues igual que antes, con el dedo apuntando hacia los demás.

Bórrate de inmediato de la escena, ya no eres la vieja enérgica y contenta.

Viento.

El arcángel con la espada en una mano y la balanza en otra, ¿quién es? Es tu abuela materna, es la vieja que persiste. Es el arcángel san Miguel y está en el Juicio Final. Es débil, sin embargo, es pequeño. ¿Jefe de los ejércitos?

Di: en la pared de la sala de la casa de tu prima, abuelo, hay un cuadro de Velázquez. Lo viste en la compañía de tu hermano. La casa estaba abandonada, sus habitantes eran dos perros *basset hound* traídos de Inglaterra.

En el baño viste un peine de carey, una belleza de peine.

Las palomas entraban por las grietas del techo. Los muebles eran del color del guano.

—Vámonos de aquí —dijiste.

Salieron al jardín, cruzaron la maleza con dificultad hasta alcanzar la puerta y salir a la Avenida del Libertador.

Tu abuela se levantaba al alba para meditar. Se sentaba sobre un taburete de cuero cubierto por una cobija de cuadros verdes y blancos tejida a mano y se envolvía en pieles de conejo. Su cuarto tenía muros redondos y el suelo estaba

tapizado por una alfombra anaranjada, como anaranjado vestía siempre su maestro, el Swami, *el camarón*.

Solías dormir en el cuarto contiguo con el techo bajo: una guarida. Las cobijas te pesaban sobre el cuerpo. Eras aún más pequeña y alguna vez, allí, mientras dormías, le diste un puñetazo a la pared y despertaste con los nudillos raspados.



ELLA VA HACIA LA ISLA

El asiento en el que viaja se ha vencido y ella acomoda el cuerpo como puede con el deseo de esquivar los resortes bajo la tela.

La última foto que tú conocerás de ella la muestra con el cuerpo inclinado hacia delante en el carro de una rueda de la fortuna. Está sola pero alguien, quien toma la foto, la acompaña.

Ahora ha cerrado los ojos y recarga la cabeza en la ventanilla que tiene a la par. Resta poco tiempo para que el avión despegue. Se va a dormir porque llegar hasta aquí le ha costado innumerables noches de insomnio y muchos días sin alimento a sus horas. Su agotamiento es la vigilia perpetua y la desnutrición elegida para sobrellevar la voluntad de su cuerpo que ha deseado morir.

Ella siente miedo. Ha estudiado con fruición los efectos de las pastillas, ha indagado si le producirán demasiado dolor y ha concluido que será así. Se arma de valor. El dolor físico, a la par de la pena que carga desde que tiene memoria, será menor que el de su alma, podrá resistir con lágrimas las penurias de su cuerpo durante la agonía.

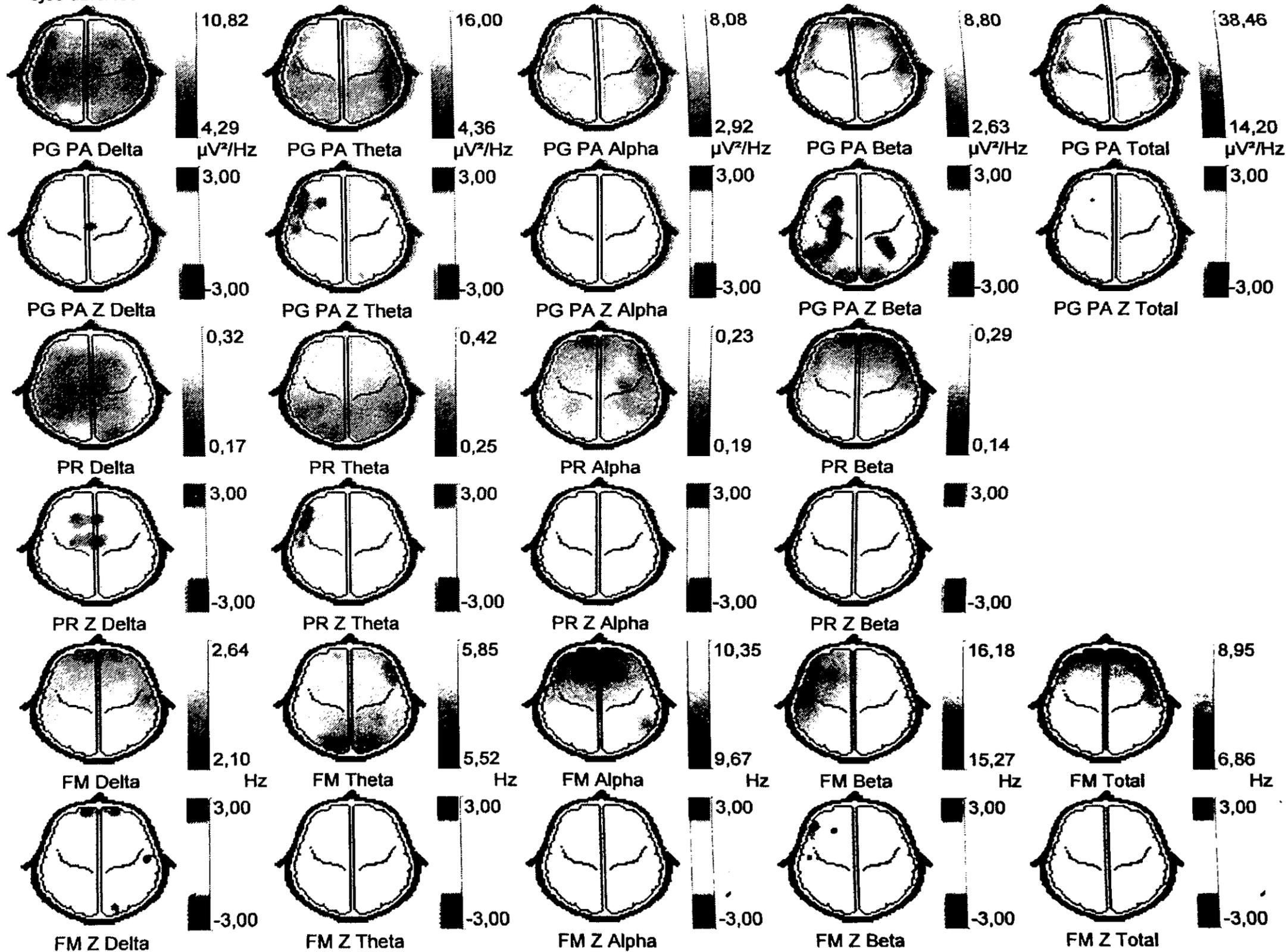
Ella lee ahora la historia de una maestra de piano que se enamora de su alumno. La autora es feroz con sus personajes.

La maestra de piano duerme en la misma cama que su madre y está impedida por ese amor. Inflige heridas sobre su propio cuerpo, parece que en las incisiones de la navaja ella encuentra placer, o bien, resulta un modo de sentir en su cuerpo el daño que la vida le propina cada día. La maestra de piano que protagoniza la novela se parece a ella.

Ha fraguado para sí misma este traslado que la conduce hacia su propia muerte, no es capaz de ser víctima porque asume, con la responsabilidad que la caracteriza, que sus circunstancias y su destino son determinados por su corazón. Es decir: acepta la deficiencia anímica que la ha entristecido a lo largo del tiempo, ella otorga un sí, franco y nutrido por su aliento, a las inclemencias que su existencia contiene.

De pronto, le viene a la mente el cuerpo desnudo de su último amor. Los omóplatos marcados en lo alto de la espalda, las clavículas sosteniendo aquel rostro añorado. Si hubiera sido capaz, lo habría querido durante años. Pero la idea de morir palpitaba como la misma respiración: era una necesidad que, por fin, iba a realizar. Tras recordar la mirada de él sobre sus pechos desnudos, siente cómo sus ojos se humedecen y suelta, con resistencia, una lágrima gruesa que cae sobre la página del libro sostenido por sus dedos en los que es evidente, casi siempre, la deficiente circulación de su sangre.

ojos abiertos A12



La FE evidenció hiperexcitabilidad frontotemporal izquierda.



II



EN LA FRENTE UNA FLOR

17:57 HRS.

Sobre la mesa, Eunice dispone los cubiertos. Cenará con Olga, tu abuela. Los nombres propios son un golpe en la nuca. El pollo jugoso en el horno, con su olor a carne dorada, invade la sala de la casa y los cuartos sumidos en las cortinas carmesí.

No es la hora precisa para orinar, pero Eunice está en el baño. La flor que adorna la entrada de la casa, una nochebuena que pende en la puerta, es falsa. Olga se acomoda los aretes. "Zarcillos", dice, "me acomodo los zarcillos". Es temprano. Elena llegará más tarde, con los poetas gringos. Fueron a caminar por el Centro. Ella quería enseñarles la multitud que le llena los ojos de agua. La mirada se le vuelve una cortina de ácido.

Eunice se sienta en el sillón azul claro de la sala. Las orejas del asiento la hacen ver como una persona que está triunfando. Su pelo rojo contrasta con la tela, rugosa, gruesa, brillante. Olga se sienta frente a ella.

No es una reunión de mujeres. Estoy escribiendo acerca de la noche en que Lee Harvey Oswald cenó en una casa de la colonia Roma.

Entra a escena Lee Harvey Oswald. Lleva las manos en los bolsillos —es obvio—. Las manos de Lee son unas manos que podrían ser asesinas. Extendidas las trae como si fueran ganchos de acero. Lee tiene el rostro de un animal extraviado y lo está. La casa le parece inmensa, pero se trata de un efecto de sus nervios erizados.

Lee extiende los brazos y se los lleva a lo que pocos pueden notar: unos cuernos largos. Lee es un hombre y es un reno. De su frente amplia empieza a crecer una flor justo en el momento en que entra a la casa. Las flores crecen despacio, lo sabemos. Por eso, Lee se lleva la mano a la frente y respira, con exactitud, con certeza, con calma. Las hojas de la flor son dos pequeños brotes en este preciso instante.

Olga se lleva la mano al pecho cuando ve entrar a Lee. No sabe por qué lo hace, es un gesto automático, como parpadear, pero proviene de una fuerza interior caliente. Detrás de él, vienen Samuel y Benjamin, dos poetas más. Son tan extraños como él en esa casa. Eunice habla: “por favor, siéntense”, mientras Olga observa de reojo, con ojos punzantes, a Lee de nuevo. Algo hay en él que la tiene impávida, incluso un poco enrojecida de ciertas partes del cuerpo. No es el calor nada más. Son las manos de Lee como ganchos, es la caída del pelo sobre la frente, es la cauda de su sombra en el pasillo.

Se ha hecho un poco tarde y el pollo comienza a enfriarse. Eunice ha remojado la carne con el jugo de la charola para que brille. Un pollo al horno tiene que tintinear sobre la mesa.

Lee se rasca la flor que le crece en la frente. Tu abuela piensa en su lengua dentro de aquella boca, o dentro de la boca de su amado que es la misma boca que ahora ve con

deseo. Benjamin y Samuel solo hablan inglés, por eso la conversación se tuerce en dos direcciones: hacia Eunice que maneja el idioma con soltura y luego hacia Olga que no entiende buena parte de lo que escucha. Pero Lee habla español y pronuncia bien las palabras. Las comisuras de sus labios se han puesto anaranjadas y brillantes por la grasa del pollo.

La frente de Lee tiene ya una protuberancia rojiza que es el botón de la flor que nacerá: la heliconia que ocupará su frente al final.

Olga mira la frente de Lee y descubre la protuberancia. No le parece extraña, pues nada en ese hombre le es ajeno. Ella llevaría sus órganos dentro si se tratara de otra historia, por ejemplo. Alimentaría su carne, sería él.

Los cuernos de Lee tapan parte del cuadro de la sala en el que Olga fue pintada por Rodolfo Zanabria; nadie, excepto ella, nota la existencia de los cuernos magníficos, cubiertos de un vello finísimo, como un musgo del color del trigo. El rostro de Olga en la pintura tiene, entonces, los cuernos de Lee en este instante exacto.

Los comensales guardan silencio.

Cuando Lee baja la cabeza para tomar su servilleta, los cuernos llegan hasta la nariz respingada de Olga que roza los vellos y la extraña creación que representan esos cuernos. Lee, el hombre reno, se lleva la mano a la frente y siente un pequeño estallido, parecido al de un forúnculo, pero es la flor, cuyo botón emerge de la piel.

LA MUJER DE LA HISTORIA

Llegó al desierto y la sed le reventó los labios. Los pensamientos se le multiplicaron. Venían tras de ella. Extraños demasiado cerca. Las manos ahora junto al cuerpo, abatidas. Su vientre se llenó de sospechas. Todos mienten. No hay nadie que diga la verdad, pensó. El sufrimiento no ha terminado porque ahora queda una herida honda allí, en el mismo punto donde se originaron los pensamientos, la angustia, la voraz electricidad. Quizás era una herida que existía desde antes de nacer. La doctora dijo que podría tratarse de una cicatriz en la suave materia gris de su cerebro. Luego pidió que se hiciera el estudio. Terminaron dándose cuenta de que la electricidad se desordenaba en disritmias de origen desconocido. El dolor es prehistórico. La mano que se extiende para tomar otra mano es histórica.

Ella alzó la vista para encontrar la salida. ¿En dónde estaba la puerta del desierto? ¿En esta isla partida? Hundía los pies en la arena para comprobar que, en efecto, se encontraba allí. Es del todo cierto que vio a una mujer. La única que le dio la mano. La mujer de la historia.

Ella y tú son la misma persona. No es importante que

cada cual encarne un cuerpo distinto. Las conjugaciones son irrelevantes. Dices ella y dices tú. La mujer que partió a la isla es ella y también tú.

El rayo que se descargó sobre tu coronilla es milenario, ancestral, informe, poderoso. Vino a ti una luz indecible.

La cabeza estrellada sobre el suelo, los sesos derramados y fosforescentes, la mano sobre el pecho como un gesto fino, el pelo chamuscado. Después, verlo todo como en un caleidoscopio. Grandísima iluminación. Quién sabe si un día podrás representar el rayo.

Descansa.

Despierta.

Despierta.

Ya va a ser la hora de las nueces. Lloverán nueces sobre los automóviles y los caminantes. Las nueces no descalabrarán a nadie. Caerán, por fin, los frutos del cielo. Ya era tiempo.

El desierto es un lugar de paso. De aquí ella irá a otro destino extravagante, con seguridad, pero allá estará también el árbol con hojas metálicas y, bajo él, una estrella sobre el césped. Brillará la luz alrededor del marco de una puerta cerrada. La estrella no será el rastro de ninguna nave espacial, sino la señal de haber llegado a un nuevo reino.

Antes de viajar, mientras esperaba el taxi, la mujer de la isla vio a una anciana caminar por la calle. Iba con su hija.

Sus ojos mostraban un asombro reciente. El cautiverio que vuelve: la mujer ahora dependía de su hija. Apresada, sale a caminar para ver cómo transcurre el tiempo. Las orillas de las cosas no son afiladas como en su juventud, ahora muestran el deterioro de los años. Quizá los objetos en su casa sean nuevos, los muebles adquiridos en una lujosa tienda departamental, las alfombras recién lavadas, los floreros enarbolando pétalos majestuosos. Sin embargo, la anciana ve en todo aquello la señal del fin. Se acerca la muerte, atravesará la materia, la muerte atravesará las paredes hasta llegar a su cuello delgado y lleno de pliegues para tomar su sangre. Así será, con toda probabilidad, pensó la mujer de la isla al llegar, por fin, a la costa.

Tu tía abuela, Laura, te enseñó a usar la goma para borrar. Desde entonces sostienes el papel con el índice y el pulgar de una mano y con la otra restriegas la goma sobre la palabra que quieres desaparecer. Borrás la palabra “amor”.

Para hablar de otra historia hay que recordar a Olga, tu abuela, cuando manejaba un coche compacto. Ascendía por una colina. (Frente a la colina hay ahora un centro comercial). El ascenso era definitivo, aún estaba joven, pero ella iba camino a su final. Una voz cuyo origen no identificó emitió un chillido que la hizo detenerse y recapacitar. Entonces, frenó el coche, dejó encendido el motor, y pensó en volver.

Estás viva.

Tienes mala memoria. No recuerdas el nombre de las personas casi nunca, pero sí a ellas.

Las uñas azules de los dedos de tu abuela Olga enferma, sí.

—Y el escritor se suicidó poniéndose unas mangueritas en la nariz que conectó a su estufa. Ay. A mí me pareció maravillosa esa muerte. Hasta me fui a conseguir las mangueras al pueblo y las tuve mucho tiempo bajo mi cama —dice.

Si abres la puerta de la cocina de casa de tu abuela, y luego la otra puerta de madera que la aísla de las moscas, la encuentras en el jardín. Está inclinada, arrancando unas hierbas del suelo.

—¿Ya pongo a calentar el conejo? —le preguntas.

Ella se sumerge en el agua. Frente a sus ojos está el Islote de la Iguana. Su cuerpo se halla rodeado por el líquido. Ella es una isla de carne y huesos que se hundirá tiempo después. Entre sus ojos se forma una imagen: es el rostro de su madre sonriendo, ella reconoce los dientes y la mirada perdida de la loca de su madre.

Haz un dibujo en forma de círculo que tenga dentro otros círculos.

Sigue con la historia. Ella llegó por fin a la isla. Ha sido llevada por un hombre en una lancha pequeña. Su viaje no tendrá regreso. Allí permanecerá para siempre. Hasta que su cuerpo se infle por los gases de la putrefacción e incluso después: hasta que su carne desaparezca y queden solo sus huesos.

Has contado el final de la historia.

Tu gato acaba de dar un salto sobre el escritorio porque a ras del techo vuela un moscardón y quiere atraparlo.

Ella desciende de la lancha y se despide del hombre, un pescador.

—¿Entonces no quiere que regrese por usted?

—No, no, gracias.

Tal vez los días pasarán. Tendrá alucinaciones por el hambre. La piel deshecha al sol. La sed. Morirá pronto.

Antes de llegar a la isla, desayunó en un restaurante del puerto. Pidió *hot cakes* con tocino y un café americano. Venía de la pensión en la que había dormido tres noches. Un cuarto amplio con una cama individual y cortinas amarillas; el ventilador del techo lanzaba un maullido parecido al de un gato pequeño.

El vuelo de la ciudad al puerto había sido como cualquier otro. Te sorprende la manera en que los hechos transcurren de forma idéntica. Ella miró por la ventana durante el viaje, como si fuera a encontrarse con algo especial allí en las alturas. Nada.

La mañana en que partió de su casa había dejado encendida la hornilla. El día anterior se había presentado al trabajo. No dijo que se iría. Llevaba las manos desnudas, sin anillos.

Un mes antes, durante una noche calurosa, había soñado con la isla. Se había visto desnuda y sola, tirada sobre la arena como la concha de un caracol desgastado por el agua, el viento y la sal. En el sueño, apretó los labios y paseó la lengua por ellos para probar el sabor de la sal. Estaba allí.

Sabía con precisión los hechos que la habían conducido al viaje.

Su pelo es opaco. Se formaron mechadas ásperas con la arena. Los ojos se hundieron en su rostro famélico. Las manos

parecen langostas o arañas: las yemas de los dedos enterradas en la arena y las falanges en las que asoman los huesos. La palabra es "crispación". No tiene pecho. Los pezones son manchas moradas sobre la piel.

Menciona los rayos que viste tú y que ella vio antes, hace tiempo. Despertar y notar extraños haces de luz en la habitación. ¿De dónde vienen? Di que preguntas de dónde vienen las luces. No temas. No importa que el arcángel san Miguel te esté observando desde el librero. Tu madre mandó restaurarlo. ¿Para qué? El arcángel tenía las manos vacías: con alas, pero sin espada y sin balanza. Su rostro se había desteñido. La boca sigue perdiéndose entre el color amarillo de su piel. Ahora, restaurado, tiene unas alas color rosa, son como las hojas de un árbol, pero con las nervaduras azul claro, su madera es esponjosa, podrían flotar si las llevaras al lavabo del baño. Llévalo de agua, déjalas allí un rato. ¿Por qué no lo compruebas? En el baño mejor no. Es preferible no llevar al baño al arcángel, puede suceder algo. En el baño, además de defecar, pueden suceder cosas inconfesables.

El arcángel recobró su espada, es triste, es pequeña, parece un puñal. La balanza es demasiado grande, la carga con trabajo, se va a ir de bruces. Es un desastre.

No te vas a perder.

OCURRIÓ ASÍ

Una hoja de publicidad que recibes bajo la puerta de tu casa dice “Coloca un barandal, los viejos no pueden sostenerse”, luego dejas el coche estacionado frente a la escuela en la que has decidido refugiarte un mes de verano y, al salir de clase, encuentras una propaganda de instalación de barandales y cancelas. Deduces lo que cualquiera, con un mínimo de capacidad de raciocinio, deduciría: han puesto los barandales. Lo que no alcanzas a distinguir es en dónde. Si los colocaron el peligro disminuye. Esa noche duermes un poco menos triste.

Días antes, ves frente a ti un coche con una calcomanía de calavera en la cajuela. La muerte te saluda de nuevo, te ronda, te quiere morder la yugular. No puedes mirar adentro del coche porque tiene los vidrios ahumados.

María te escucha, dice que coincide contigo, que el mundo atraviesa una época terrible. Te observa desde su mirada azul e insondable. Le hablas de los masones. Te responde: —Ah, entonces esto se trata del regreso de los masones.

Al despertar, acontece lo habitual: piensas si ya se habrán ido las miles de almas asesinadas. Para estos tiempos, has concluido con seriedad que la fuerza alrededor está nutrida con las almas de los muertos. Si te aventuraras a describir los trances de tu cuerpo, dirías: potencias invisibles me desgarran la ropa, se suben a mi espalda, una tras otra. Cierro la puerta de la casa con llave, pero ellos se cuelan por las rendijas, están decididos a tomarlo todo: los muebles son lo de menos, buscan con hambre las frutas, el jamón, los yogures; sus bocas amoratadas tragan sin detenerse. Nada los sacia, están a punto de comerme viva.

Recuerdas una comida con María, allí le dijiste: hay actores por todos lados. Ella se rio y te respondió:

–Pobres, no son nadie, no tienen nada mejor que hacer.

¿Quiénes son ellos? María tiene razón, no son nadie. Cuerpos manipulados por otros cuerpos manipulados por el más poderoso que se hacen pasar por otras personas.

Llevas tu atención hacia el corazón y sientes su carne helada por la posguerra.

Tu pavor ante la violencia es casi otra persona, un cuerpo más que te acompaña, el doble de ti misma.

La sustancia es una férula de las emociones. Los puntos más álgidos, que son triángulos descendentes, son sujetados para que la línea del alma transite lo menos posible hacia abajo. Una curva menor. Las neuronas acompasándose. Pero el descenso sucede, de cualquier modo; la inmersión en los pozos continúa: la identidad rebelde prolonga su viaje

contra cualquier sustancia que quiera apaciguarla. Es un engaño.

¿Habr  comenzado hace miles de años? Lo mismo daría si la explicación a los acontecimientos partiera de huesos encontrados en alguno de los polos. Huesos humanos. Una mujer que mira a otra mujer y desea que desaparezca, sucesos así. El esqueleto de una mujer prehistórica enterrado en la nieve, muy abajo.

Crees que es importante dejar por escrito los sucesos.

Escribir para dar un testimonio. Lo que sucede no es verídico, sin embargo. Casi nada puede considerarse verdadero. La escritura tampoco es verdadera.

Narrar demasiadas veces la misma secuencia de hechos cuando la imaginación es desordenada resulta necesario. Esperas que alguien lo entienda. Desde una perspectiva psicoanalítica, es probable que estás colocando límites y recogiendo el agua derramada con baldes para que el suelo no se pudra. Evitar a toda costa la putrefacción, aunque sea. El psicoanálisis es un modo pobre de ver la existencia. Las palabras dichas regresan a la cabeza como pájaros lastimados por tu propia mano.

Has perdido demasiado ya. Lo que sigue solo puede darse a través del espíritu. Quieres rezar. Has pensado en ir a la iglesia y, más aún, en convertirte en una monja y pedir por ti y por los otros. Pedirle a Dios. Hazme el favor, dices entre dientes, como si con esas tres palabras se escapara el sentido más vergonzoso de tu circunstancia: que la fuerza superior te haga el favor de salvarte porque tú, tantas veces, sientes que no puedes más. Una parte de tu pensamiento se

dirige al abismo: nada tiene sentido, los humanos somos animales de mierda y vamos al final. Nos comeremos otra vez, los unos a los otros, hasta que no reste ni un hueso con un poco de carne.

Cuando ella dejó la ciudad había perdido peso. No tenía hambre, estaba sola en un departamento prestado. Ya habían tenido lugar las tormentas y las plagas. Millones de diluvios. Especies desaparecidas, pensamientos oscuros.

Tu amiga está preocupada. Te cuenta que le hablaron de un fantasma que, según los informantes, vivió contigo. Realmente, se escucha inquieta: “están sucediendo cosas raras”, comenta. Un fantasma. Si hubo un fantasma, se debe a que hubo un muerto o una muerta y cerca de ti o de él, de tu pareja en aquel año tan cargado de sentido que aún no pasa. Hay tiempos enganchados del cuerpo, episodios que chupan la sangre en las corvas, en el dobléz del brazo donde las venas saltan a la vista. De eso habla tu amiga. Pensaste que su preocupación era propia y no, está consternada por ti.

La casa tenía un cuarto lleno de maletas de otras personas que habían pasado por allí. Era silenciosa. El único rumor reiterado era del agua que corría por las tuberías y, en invierno, los quejidos de la lámina caliente de los radiadores.

Allí sucedió una hecatombe. Algo tan siniestro que se manifestó debajo de la lengua de muchas personas. ¿Qué sucedió?, ¿qué hecho, cuál cuerpo, qué fantasma? Tu pecho

se cimbra cuando piensas en las posibilidades; allí viene tu imaginación con los colmillos de fuera para morderte el pecho.

Es un asunto serio. Piénsalo. Repite: es un asunto serio y debe tratarse como tal. Un fantasma en una casa. Un fantasma que vive con una pareja enamorada. En la cama, el fantasma se acuesta entre los dos, es delgadísimo entonces, se cuela, cobra la forma de los cuerpos dormidos, acaricia sus contornos y les besa la frente cuando duermen. Mientras hacen el amor, el fantasma se pone de pie, bajo el marco de la puerta a mirar, y se eleva entusiasmado al ver lo que ocurre.

Se trata de un fantasma, ¿o son varios? La informante ha declarado que es uno solo. ¿Femenino o masculino? Considera que, a veces, se denominan como fantasmas a personas de carne y hueso. Aunque no es probable que ellos se refieran a una persona viva. Hablan de una persona muerta que habitó una casa en la que estuviste tú extraviada por amor. Quizás, el fantasma comió de tu plato sin que lo vieras, en un descuido, mientras ibas a llenar la jarra de agua, justo allí, comió de tu plato y dejó su saliva ácida en el tenedor. Él no se dio cuenta, en efecto, o si lo hizo guardó silencio. Tu memoria trae a tus ojos tres fotografías que retratan una secuencia: la pareja camina por una playa, van tomados de la mano, luego la pareja corre sin soltarse, los dedos apretados las manos hechas un nudo y, al final, dan un salto sobre la arena para caer más abajo.

Un día antes de partir, tomaste un autobús para ver por última vez el mar. Te detuviste frente a él, estaba furibundo, tan acorde a tu interior.

Las olas enormes sobrepasaban las cabezas de las personas que observaban el fenómeno marino. Era raro. Frente a ti estaba un fotógrafo con su tripié encajado en la arena y pasmado ante el espectáculo.

Te despediste. Volveré y será un tiempo mejor. Y así fue. Ahora el fantasma se desliza por el suelo de otra casa. Tampoco allí las herraduras doradas ni las piedras ni las vértebras de animales protegen a los inquilinos. El fantasma bebe agua de un vaso en el que dejaste la huella de tus labios rojos.

LA BELLEZA DE LA LUZ ES TU RASTRO

Tu mirada se vacía sobre una vela blanca que está en la mesita del centro. La paz podría cifrarse en una vela así. Aquí el tiempo se hizo piedra, piensas. Si la paz es un fragmento de tiempo en la memoria, quieres recordarla. La imaginas con una balanza en la mano izquierda y una espada en la derecha, así estuvo, de pie, en el centro de la sala la noche antes de su partida. Entonces, tú te pones de pie para acercarte a la ventana. Tu corazón palpita con fuerza. Estás observando la inclinación del lavadero cuando, de pronto, su figura se dibuja en el aire. Poco a poco, aparece ante tus ojos. Su cuerpo es traslúcido. A través de él puedes ver el calentador de agua que está en la esquina del patio. Lleva un suéter rojo sobre un vestido con flores mínimas. Abre la llave del agua y deja que se llene un plato hondo de barro, luego moja la prenda extendida sobre la superficie ondulada del lavadero y toma una barra de jabón para restregarla contra la tela. Miras al suelo con la intención de aclararte la mirada; cuando tus ojos regresan al patio, ella sigue allí, ahora enjuagando la prenda. En un segundo estás afuera, bajo el sol del mediodía, la tienes cerca, a un metro de distancia. Das un paso al frente y extiendes el brazo para tocarle el hombro.

Tu mano atraviesa su cuerpo. Y así como apareció dibujada en el aire, su imagen se disuelve.

Dejas el patio interior y, al cerrar la puerta de lámina desde la sala, vuelves a observar el lavadero para cuestionarte si en realidad la acabas de ver allí, de pie, o si la imaginaste. No hay modo de probar su presencia.

Después de comerse el huevo con un poco de sal, pimienta y limón, ella tira las cáscaras al bote de basura. Lava la taza que usó como recipiente y la coloca en el escurridor. No se da cuenta de que deja encendida la hornilla.

Se detiene bajo el umbral de la puerta de la cocina y se mira las manos. Tiene un pensamiento de largas y retorcidas raíces en ese instante. De sus dedos han brotado lenguas de mariposa. Ella no reconoce sus manos, es decir, las manos que ve fueron suyas, sin embargo, ahora las extiende con pesadumbre, de la misma manera que las percibiría una mujer cualquiera, receptora de unas manos ajenas. No hay costuras en sus muñecas. ¿Cómo se adhirieron esas manos a sus brazos? Es un misterio.

Arruga la nariz como si acabara de distinguir algún olor ácido en el aire de la casa. Parece que ha dejado de respirar por un momento. La maleta única que se llevará la espera frente a la puerta. Nunca se conoce la derivación de un viaje.

En realidad, el tránsito inició antes, una madrugada en que aparecieron figuras prehistóricas en uno de los muros. Entre dos librerías, sobre las burbujas de humedad de la pared, ella vio el dibujo exacto de una mano y, a unos centímetros de ella, el contorno de un bisonte. O eso creía. Colocó su mano encima de la dibujada y comprobó que era

del mismo tamaño. Pero ella no había puesto su mano mojada con ninguna pintura allí. Se le ocurrió rascar la burbuja de humedad y jamás imaginó que, tras clavarle las uñas, la pared comenzara a exudar o despedir un líquido algo amarino, semejante a la savia de un árbol. Podría afirmarse que la pared lloraba una lágrima espesa. No se trataba del agua acumulada entre los poros del cemento y los ladrillos. Era otra cosa. Y su curiosidad la llevó a recoger la gota de ese almíbar concentrado y llevársela a la boca. No imaginó que podría intoxicarse. Al fin y al cabo, aquella era su casa. Tampoco fantaseó con ningún trance especial provocado por la sustancia. Su sabor era dulce. Retrocedió para ver, con un poco de distancia, los dibujos sobre el muro, de nuevo. Qué extraño, qué querrá decir, pensaba. Alzó los hombros para decirse a sí misma que, a pesar de la rareza, el suceso era inofensivo. No le dio importancia, por ejemplo, a la representación diminuta del bisonte.

Durante la noche, en la parte más abismada de su sueño, tuvo ocasión otro hecho. Las imágenes inexistentes muestran su cuerpo tendido y una nebulosa lumínica que se desprende despacio hasta colocarse encima de ella, luego la nebulosa se desplaza por el cuarto hacia la puerta y recorre la sala, a una distancia de medio metro del suelo, hasta llegar a la entrada. Allí se detiene y, por la luz enviada desde el farol del pasillo, la nebulosa brilla con gran intensidad, como un montón de diamantina suspendida en el aire. Hay una ventana abierta. Por allí, la nebulosa sale de la casa.

Ella permanece dormida y sueña, el cuarto sigue oscuro, aunque, a decir verdad, empezará a clarear en breve, pero

en el índice de su mano derecha ahora fosforece el resto de la savia que exudó o despidió la pared, y que ella probó.

Allá afuera, al dejar por fin estos aposentos, la espera... ¿qué la espera? No se sabe. Quizá una isla. Vuelve a respirar y, tras girar la llave de la cerradura, abre la puerta y sale, pero un poco antes de cruzar el umbral, con medio cuerpo fuera, se asoma a un lado y al otro y revisa que nadie esté, en ese momento, caminando por el pasillo de la vecindad. Pone la maleta sobre la losa erosionada del pasillo, introduce la llave en la cerradura y le da tres vueltas. Deja su casa. No vuelve la vista a atrás. En el pasillo no hay nadie. Los vecinos duermen todavía, es el primer día de la semana. Llega a la última puerta y recorre el pestillo, luego tira de la manija. El marco descuadrado roza la pared que ella atraviesa.

No puede ser, no puede ser.

¿Cómo atravesar las paredes?

—¿En dónde está la abuela? —preguntó tu madre. La abuela dormía en un cuarto que daba al jardín, separado de la casa. Acababas de verla. De pronto, la abuela apareció frente a ustedes.

—¿No estabas abajo? —le preguntaste, con un poco de miedo.

—Sí, allí estaba —dijo. Y se dio la vuelta con una risa burlesca en el rostro.

Tu madre —sus ojos como dos llamas— afirmó:

—Es cierto, ella puede atravesar las paredes.



LA REDONDEZ DE UN HUEVO

ACTO 1: REFERIDO MUCHAS VECES EN ACULLÁ.
PARTIERON A ESTA MUJER EN DOS.

Tú absorbes. Engulles las palabras de los otros y te hinchas, te inflamas, te pones grave al final.

Guardas las miradas, las sospechas, las voces de casi todos los que te llaman por tu nombre. Te enroscas en ellas; las tragas, devoras con hambre de morir.

Hay que ser caradura.

Hay que vomitar los excesos siempre. Unas veces lo consigues: te inclinas sobre el excusado e intentas que el vómito caiga dentro. Cuando fallas, corres aprisa para limpiar el suelo, en fin, dejar el sitio como si no hubiera pasado nada. Eres miserable.

La noche en que agonizó tu madre, las ramas del árbol marciano se dibujaban sobre el muro, eran perfiles agudos. La luna estaba llena.

Tu madre atravesaba el retorno de Saturno cuando tú naciste. Te explicaron que de allí provenía la nostalgia y la tristeza honda de la existencia. La tristeza de Saturno.

El aviso de una enfermedad mortal es el anuncio de la muerte misma. A partir de él surge una nueva medida temporal a la que podemos llamar *rita*. Cuando la *rita* inicia, la muerte llega. Es así. La suma de meses que se viven en un desplazamiento que no incluye los pies sobre el suelo, sino la suspensión. El afectado flota. El afectado no sabe qué le sucede y puede tener alucinaciones.

El hombre detenido frente a la puerta de la casa en la que ya no vives lleva una guía de viajes bajo el brazo. Tiene el flequillo engrasado sobre la frente. Vino por ti, pero te has ido.

Te quieres morir. ¿La enfermedad de tu madre también es tuya?

Ella jadea. Tú estás al borde de la cama y uno de tus hermanos del lado opuesto.

Te resistes a creer que haya muerto. Los días pasan y esperas que te llame.

Llevas poco tiempo en la ciudad y no la conoces. Estás en un barrio al norte, cerca de tu casa. Caminas por una calle solitaria sin sentir peligro alguno. Te detienes ante la entrada de un teatro. Corres las cortinas rojas de terciopelo que hay detrás de la puerta, entonces descubres que se trata de un bar. Hay pocos parroquianos. Miras hacia la barra y decides sentarte allí a esperar cualquier acontecimiento. Entonces, entra por la puerta un hombre alto y mayor. Se dirige hacia la barra como si tuviera un plan que realizar. Se sienta junto a ti y ya que lo miras de cerca descubres que ese hombre es tu abuelo materno.

—Aquí vivo —te dice.

—¿En Barcelona? ¿Cómo?

—Vivo en La Pedrera.

—¿En La Pedrera de Gaudí?

Tu abuelo invita los *whiskys*. Cuando ya han bebido dos o tres, recuerda la última vez que se encontraron. Él estaba en una escuela para aprender a caminar. Había sufrido un accidente que lo había lastimado mucho. Iba con andadera, cruzaba el patio del albergue aquel con trabajo, pero ahora tu abuelo vivía en La Pedrera, ¡qué alegría!

Alguien te había contado que un pariente tuyo vivía allí, trataste de indagarlo, pero fue imposible. Cuando fuiste, el guardia de la puerta te dijo que no podía decir quién vivía allí.

Quedas en encontrarte con tu abuelo al día siguiente para comer juntos.

Por la tarde, caminas por las calles del Borne. Perdiste las llaves y te dijeron que allí podían sacarte unas copias en minutos. Así que vas para allá con las llaves que te prestó Adelaida, la portera. Cuando tienes la copia de las llaves en la mano, decides asomarte por un portón entreabierto porque cuando encuentras el portón de una casa entreabierto no puedes dejar de mirar hacia adentro. ¿Qué hay aquí?, te preguntas mientras asomas la nariz. Entonces un hombre bajo abre y te cuenta que aquello es un bar sumamente exclusivo. Le pides que te deje entrar y pasas. El sitio es alucinante. Hay antigüedades bellísimas encima de las mesas, cuadros magníficos en las paredes, lámparas, mesas de maderas exóticas... Vas hacia el fondo y te encuentras con el dueño. Tiene el pelo blanco y brillante dividido por una línea perfecta a la mitad, su cabeza se abre como un libro y te cuenta que antes tenía un restaurante en Victoria en el que estaba todo lo que ves allí y más, un restaurante en el que había leones en jaulas.

Te vas porque se ha hecho tarde, pero quisieras quedarte allí, hablando con él, se ha hecho tu amigo.

Cuando llegas a la casa, alguien ha regado las plantas. Debe de haber sido tu compañera de casa que volvió antes del trabajo. Recuerdas la clase de catalán y te parece más cercana de lo que es en realidad. El tiempo tuvo su curso, transcurrieron muchos meses desde aquella vez que estuviste sentada en el autobús y te encontraste a tu abuelo en el bar.

LA PASCUA

Salían de la casa temprano. Tu tía Clementina había escondido los huevos de chocolate Fairbacks en el jardín. Los papeles brillaban entre los arbustos, en las ramas de los árboles. El objetivo era encontrar muchos: más huevos, más chocolate. Dar con un conejo o coneja maciza significaba el triunfo.

—¡Ya llegó la coneja! ¡Levántense! —les decía Clementina. No era un conejo el que llevaba los huevos hasta el jardín de la abuela, sino una coneja.

—¿Cómo es la coneja? —le preguntaban Cristina, tu prima y tú, emocionadas, mordiéndose los labios. Es bajita, un poco gorda y va aprisa, decía Clementina.

Los días anteriores, habían perforado los cascarones de decenas de huevos para vaciarlos y pintarlos de colores. Esos también los escondía la coneja, pero no recuerdas si dentro llevaban algún dulce o estaban vacíos.

La abuela guardaba piedras de río en un plato de porcelana, allí también había un huevo pequeño, de pájaro, blanco y limpio. Cuando lo agitabas al lado de la oreja podías escuchar que guardaba algo dentro. ¿Era un tesoro? ¿El cuerpo

diminuto de un pájaro seco? Una tarde, tomaste el huevo y fuiste al baño. Allí, escondida, lo apretaste hasta que se quebró el cascarón y dentro solo encontraste un pellejo fino.

En una repisa, sobre la chimenea, la abuela tenía al arcángel san Miguel, colocado al centro. Al lado, había un portarretratos largo por el que se asomaban los rostros de sus hijos.

El cuarto donde dormías tenía el techo bajo. Extendías las manos para tocarlo. La puerta de madera y cristal verde que conducía a la habitación de tu abuela te parecía el portón de un santuario. Enfrente estaba la entrada estrecha y baja que daba a la sala, imposible de cerrar a falta de puerta. En el estante del cuarto, la abuela guardaba algunos remedios: pomada de la Campana, un frasco de vidrio anaranjado con una tapa en forma de corazón, tal vez conseguido en una botica. Las cremas de la abuela eran muy humectantes: Oleoderm, crema de tortuga y crema S de Pond's para la cara.

Te metías bajo las pesadas cobijas de lana a dormir en un colchón duro que era soportado por una base de cemento. No era necesario llevar juguetes porque ella encontraba la manera de que Cristina y tú, o los demás primos, estuvieran ocupados.

Al lado de la chimenea, donde la abuela había puesto piedras de río lisas y bellísimas, vivía el búho de piedra. Era un búho extraño, con el cuerpo alargado y un rostro prehistórico tallado sobre la piedra gris. A veces te llevabas al búho a dormir contigo, lo arrojabas pero su cuerpo apenas se entibiaba.

La abuela se despertaba a las seis de la mañana a meditar. Te invitó dos veces para que entendieras de qué se trataba.

Observa tus pensamientos, decía, y procura pensar en nada. Imagina un muro sin color. Ella se sentaba sobre cojines cubiertos de pieles blancas de conejos. Parecía un trono. Se cubría la espalda con dos cobijas y te prestaba algunas a ti. Cierra los ojos, te pedía. Los espejos de la casa estaban ocultos bajo delgadas telas hindúes. La abuela le temía a los espejos. En esa época te regaló los aretes de coral y turquesa que había traído de la India.

Se acercó al Centro Yoga por los años sesenta. El maestro, como ella lo llamaba, era el Swami Pranavananda Saraswati. El Swami sostenía una sonrisa chueca bajo los labios carnosos. Tenía los ojos negros sobre unas ojeras marcadas. Su piel brillaba untada de sudor. Los discípulos del centro le colgaban del cuello guirnaldas con flores. Las reuniones en el centro eran largas.

¿Estás angustiada?, le preguntabas a tu madre cuando se hacían silencios y veías que ella pensaba... ¿en qué pensaba? Pasaba largos ratos absorta. ¿En qué pensaba?

Tu madre quiso ponerse un anillo de jade que le regalaste la última semana antes de morir. Al final, los dedos se le habían hinchado y el anillo ya no le quedaba.

Si tu alma salió del cuerpo, necesita volver. Ya regresará.

Estar solo, alejarse del espacio cotidiano después de atestiguar la muerte trae un primer momento de satisfacción, luego otro de pavor.

El dolor es demasiado. Dejas de escribir.

Esta noche esperas que caiga granizo. Saliste a escuchar el viento. Sentada en una silla de metal del jardín fumas un cigarrillo, cuando vas a terminarlo sientes algo ligero y vivo en el brazo, al mirar, descubres los ojos brillantes de una rata de campo que, sin avisar, se te subió encima. Gritas. La rata huye enseguida, casi puedes decir que desaparece. Fue veloz al llegar y al irse. Un animal que aparece y desaparece, como el lenguaje.

Habla del lenguaje bífido. Al estar con otras personas, a veces, te sucede algo sumamente extraño. Notas el lenguaje bífido. Los demás hablan y, en sus frases, se esconde otro sentido que no es el inmediato. Como si quisieran decir algo que no pronuncian de manera directa. La particularidad de esta percepción estriba en que, en muchas de esas ocasiones, eso no dicho –o referido en las palabras– por los otros implica algún juicio. ¿Qué significa esto? O, más preciso aún: ¿qué no significa? Te preguntas.

Soñaste con un pulso. ¿Estarás encontrando alguno aquí?

Cuántas personas han venido detrás de ti para formarse en alguna fila y pedir un poco de tiempo aire en la tienda que abre las veinticuatro horas. Tiempo aire. Algo de sentido: las palabras de otros en las llamadas telefónicas para que, así, podamos entender alguna cosa de los demás.

Una vez, hace dos años, un hombre te pidió tu correo electrónico y te escribió. Dijo que estaba arreglando las fugas de agua en la casa de su abuela. El mensaje quería decir algo que no era enunciado, pero se refería a las fugas de agua de un edificio y, también, decía que te escribía para despedirse de ti. Escribía bien, lo recuerdas, y cortaba las frases, las dejaba sin terminar. Esto es verídico.

Si un hombre te pide que le des dinero para su hija que está enferma del hígado –esto en una calle conocida en una visita de espanto– el hombre te está pidiendo una limosna para que no caiga una bomba. Si ves dos mujeres empujando una carriola en la misma calle es la señal de un espejo gigantesco que abarca tu reflejo miles de veces hasta llegar a un satélite y regresar, siendo otra tu imagen. La devolución es implacable. También consiste en que te extraigan las

vísceras y las revisen, siempre encontrarán algo que pueda ser útil. Emplear la vida de los otros en procesos retorcidos de control es un hecho. Pones las manos en el fuego, sobre la flama terrible y dices: es un hecho.

Si llegas a leer en el horizonte un mensaje que incluya las palabras “barandal” y “muerte”, es una amenaza de muerte que, después, puede llegar confirmada en forma de un volante publicitario sobre servicios de cancelería y aluminio que encuentras en el parabrisas del coche.

En las voces de los demás se esconden ratas de campo.

DE CERCA NADIE ES NORMAL

Hacer ejercicio no quiere decir mover el cuerpo para producir mecanismos biológicos saludables. Ya no. Hacer ejercicio significa no matar y no robar. Y la ecología es, en realidad, un depósito mosqueado y pestilente de historias íntimas que, convertidas en historias de todos, se pudren a velocidades insólitas.

Observar incesantemente la comisura de los labios de aquel y aquella para ver si allí queda un rastro antiguo de leche materna. Desprenderse de los labios propios para rellenarlos con sustancias que los hagan más carnosos.

Pidan la leche. Llamen a las nodrizas. Corran.

La mano que tiembla cuando responde el teléfono, rasca el lagrimal de un ojo turbio y dice: no me interesa.

Grabaremos todas tus conversaciones.

De cerca nadie es normal.

Compraremos todo lo que representas. Tu propia vida para usarla.

Nadie cree en nada. Ni en su piel bajo la mascarilla de un tratamiento.

En el supermercado los anaqueles están vacíos. Queremos más. Que nos den todos los productos de la tierra y de las fábricas. Que nos extiendan universos de quesos, caminos de legumbres, que nos llenen la boca para que vomitemos luego en casa, largamente, hincados sobre el excusado.

(Es del todo probable que, si lees un libro sobre un accidente y sales a la calle, el accidente venga atrás de ti. Somos demasiados. Que se extermine el sentido por completo. Ni el balbuceo puede ser una manera de decir. No resta nada).

Que nos saquen fotografías de todas las partes del cuerpo, y las intercambiamos salivando por los otros: yo quiero ese vientre, yo quiero las piernas que no son zambas, yo quiero el ombligo hondo y diminuto de ella.

Sí. No puedo decirte lo que pienso, en realidad, por eso escribo sobre el papel algo que se parezca a lo que quiero decirte. Yo también eludo la palabra "sombra". Quien mande ahora la oreja de su amado por correo estará haciendo una metonimia. Ya no comprendemos las palabras como antes. Que las sustituya un pedazo de cuerpo. Que las sustituya un frasco de mayonesa.

Comprarán lo que tú signifiqués. Y lo que hayan significado tus antepasados. Todo se puede comprar.

Si necesitan contenido para la discusión política y social, pasarán por tu casa para incendiarla y decir de maneras diversas cómo se incendió y qué había dentro de ella. Lo harán sin ningún reparo y las bocas se les llenarán de palabras gordas.

Si les pareces un objeto para comerciar irán por ti. No tendrán piedad.

Dale tus secretos a un mueble. La almohada no es buen sitio porque puede cobrar vida y hablar. Las declaraciones a la almohada te pueden llevar a un paraje absolutamente atroz: allí alcanzarás a ver los rostros enfermos de muchos ciudadanos. Entrarán detrás de ti a la tienda para comprar cualquier cosa porque estás recorriendo el mundo de manera libre y tu libertad tendrá que ser pagada por otro para que no mueras o para que el otro use el tiempo que tú tienes y haga una transacción de compraventa; lo que estará comprando es el tiempo que tú tienes y que él no podría vivir de otra manera.

Si los llegas a ver, podrán decirte que ahora se dedican a cualquier oficio pero, en realidad, mueven los hilos que en un día común de ajeteo no puedes ver. Están por todas partes. Tienen los ojos más temibles que puedas imaginar. Sus ojos son infiernos que adornan sus rostros y los convierten en máscaras. No son ellos, no son como se llaman en verdad, son los ojos del universo en estado de desastre.

Estás pensando en la suma de acontecimientos, en una parte de ellos. No existirán las palabras necesarias para nombrarlos por completo. Nunca. Habla, di que hasta hace apenas un mes no conocías el mundo ni a las personas. Pregúntate: ¿en qué sitio he estado viviendo desde que nací?

Di que te parece abominable la manera en que la palabra se ha hecho carne. Revela: tal vez era el único camino posible. Las innumerables muertes recientes no podían ser parte del pasado si la palabra, todas y cada una de las palabras, no eran cargadas de sentido nuevamente. Cuando un cuerpo es destrozado, la palabra “cuerpo” se quiebra y muere.

Menciona cómo has comprendido los códigos. Di: vi a un hombre subiendo una escalera plegable en la televisión, después leí el encabezado de un periódico que decía “Subió el gas”, entonces concluí que el gas representaba la posibilidad de ascender hacia una vida mejor.

Para contar cómo atravesaste de una vida a otra en el presente, necesitas comenzar un capítulo.

Es el estado de sitio: varios hombres, en distintos momentos, cargando una caja.

Y alrededor tuyo muchos eran actores. Personas que nunca habías visto haciéndose pasar por alguien más o por una extensión de sí mismos.

Los ojos están puestos sobre la identidad.

Y, de pronto, pasados los años, viste que se trataba de esa lengua ya no dividida como la de una serpiente, sino distinta. Cada pequeño suceso cobraba un alcance de significado altísimo. Era el renacimiento. El comienzo silencioso y siniestro de una nueva época.

Los primeros asistentes que viste, pasada la Gran Puerta, fueron dos jóvenes: uno estudiante, que en sus ratos libres hacía bombas, y una mujer que te hablaba desde una nueva era. Ellos dos inauguraron el camino que vendría, uno donde estabas en medio de la lluvia, con la ropa empapada y los ojos puestos en un punto ya no tan lejano.

Pones los ojos sobre tus manos. Tu abuela decía que las manchas en el dorso de las manos eran las flores del camposanto.

Has alcanzado un cansancio tan intenso que podrías dormir sin cesar durante meses. Y quién sabe si así descansarías de lleno; es el dolor y el agotamiento de varias generaciones.

“Paz” es una palabra breve. ¿Su brevedad cifrará su realidad?
“Guerra” es una palabra más larga.

¿Por qué, en un momento dado, la palabra puede ser sujeta con un anzuelo? Cuando eso pasa, el mundo parece

detenerse. Los mismos hechos suceden una y otra vez sin cesar, de manera absurda. Un momento en que las personas hablan con las mismas palabras. El contagio no señala una enfermedad sino una intención.

Son las 20:14 de una noche que se resiste a llegar. El verano sostiene el día pujante, con el cielo nublado y una luz violácea.

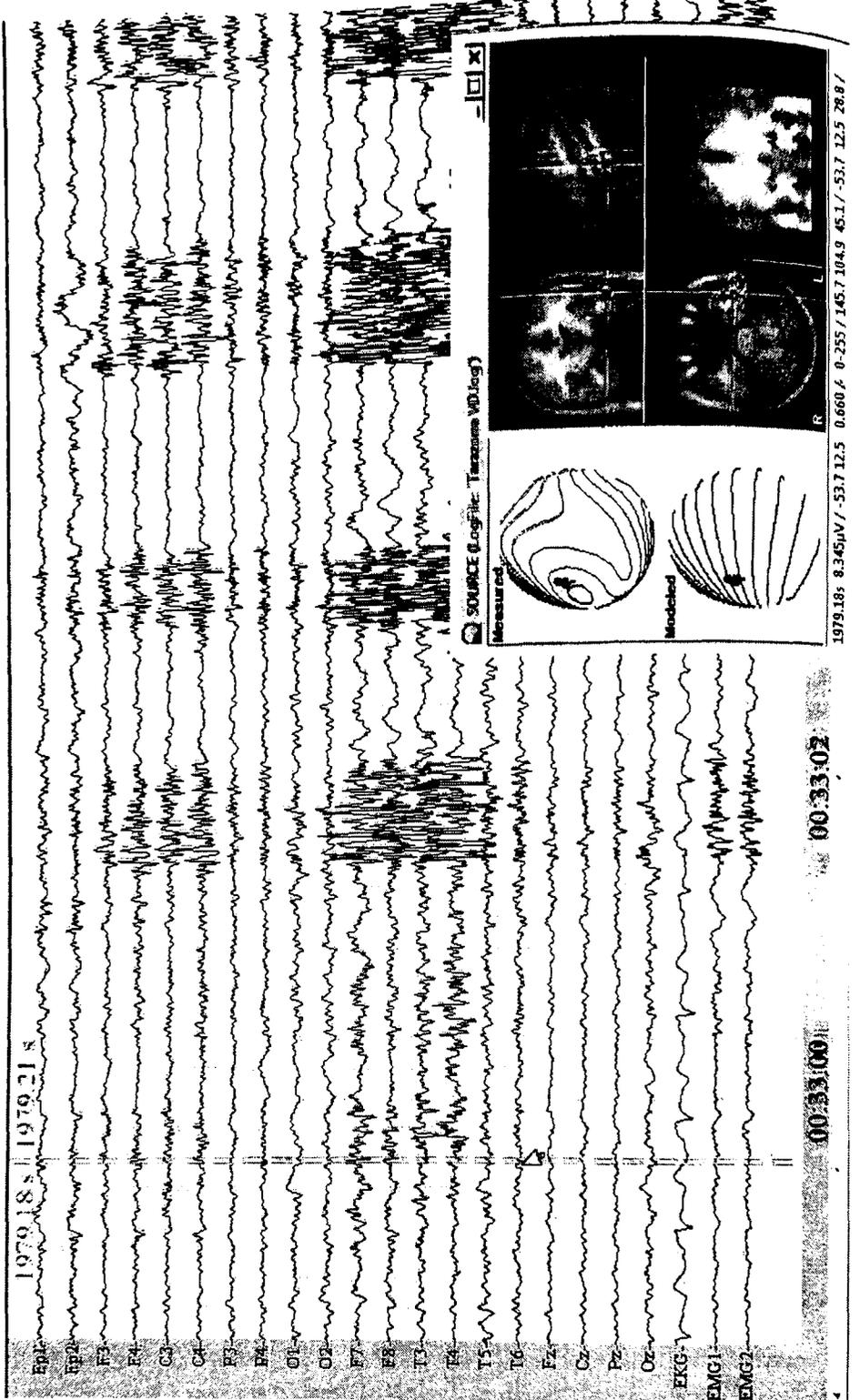
Ayer, ya tarde, descubriste algunas pistas sobre parte de la historia que quieres contar. La trama incluye la fiesta dedicada al arcángel san Miguel, orquestada por la poeta Eunice Odio y a la que quizá asistió el hombre que, meses después, fue acusado de matar al presidente Kennedy: Lee Harvey Oswald. Tu abuela podría haber asistido a esa fiesta.

Tu abuela fue a esa fiesta. De hecho, es posible que la fiesta no haya sido en casa de Eunice.

Mientras investigabas, dejaste un momento la lectura del artículo revelador sobre la fiesta de Eunice Odio y miraste al arcángel san Miguel que heredaste de tu madre y que era de tu abuela. Lo viste preguntándote si, en efecto, esa estatuilla de madera con una espada diminuta en la mano derecha y en la izquierda una balanza, ese arcángel que tu madre mandó restaurar porque lo heredó manco, tiene poderes. ¿Si le pides un deseo con fervor, lo cumplirá? Pero, ¿qué puedes pedir?

No pienses en cerrar los ojos y escuchar a tu abuela, porque entonces ella decidiría por ti en algo tan trascendental como un deseo dado a un arcángel.

Los secretos. Hay un hermoso poema de Eunice Odio que se titula "El reflejo" y que está dedicado a tu abuela.



Se evidenció persistencia de hiperactivación en circuitos relacionados a atención vigilante pasiva (y puntajes escala ansiedad), monitorización/elaboración de congruencia, adscripción de significado y valencia a estímulos, interpretación y respuesta nociceptiva e integración ideacional.

III



LA ESCRITORA PERSEGUIDA

Había una vez un presidente que robó una novela porque la consideró peligrosa. La autora de la novela fue perseguida durante años. El presidente se enamoró de ella porque la espió, y siempre que una persona espía a otra se ve dominada por un sentimiento hondo, parecido al amor, o es posible que se trate del propio amor. La escritora huyó del presidente. Buscó señales, mensajes ocultos y los encontró. Vio un sinnúmero de acontecimientos. Por ejemplo, en un momento de gran angustia, mientras huía despavorida, descubrió que el presidente era un criminal, de los peores criminales de la historia. Después, supo de la muerte de una mujer en un país lejano y, enloquecida como estaba, pensó que aquella muerte tenía que ver con su libro. Nadie sabe qué límites cruza cuando escribe.

La escritora se esconde en la casa de un amigo que la protege. Porque ella ha sido perseguida, pero son otras las causas, otras las razones que llevan al presidente y temible criminal a acecharla hasta que, una tarde, ella cae de rodillas sobre el suelo y ve azorada que una flor le sale de la frente.

Los días transcurren. La marca de la flor que le salió en la frente y que ya se ha marchitado es un estigma. Ella

enciende velas, reza: "Holy heart of María", pide que se vayan de una buena vez quienes la asedian.

El presidente la deja en paz, pero envía un abogado para que viaje con ella en un vuelo nacional y le diga que no deje de publicar su libro. La persecución ha sido tan atroz que lo mejor es que la novela vea la luz.

El presidente sale de su habitación y mira, por última vez, la fotografía de la escritora. Sus ojos son fuego, sus manos dos puños con facultades especiales; lleva la marca del nacimiento de la flor en la frente. El presidente saca la lengua y lame la fotografía, lo hace solo con la punta. Luego traga saliva y se da la vuelta para meterse al baño y darse una ducha.

Un día antes, el presidente hizo dos llamadas telefónicas para que se destruyeran los archivos, las grabaciones y la información completa de la escritora que fue perseguida por los siglos de los siglos.

No queda ninguna señal. Puedes salir a la calle y nadie te reconocerá. El olvido es una capacidad del poder.

La calma.

Las horas se enroscan entre sus piernas como un animal doméstico.

Las estalactitas dentro de su cerebro. La electricidad magnífica.

La mujer de la isla traga saliva. Ya no es espesa. Las horas transcurrieron y se quedó en el pabellón de su oreja la palabra “hambre”, pero será saciada con grandes bocados de pan y queso.

Conjura, ella conjura y levanta la nariz y el mentón:

–No nos llamamos de ninguna manera aún. Nuestra existencia tiene la lengua de una serpiente de color violeta.

Aquí hay un incendio.

El sueño de nuestra piromanía comienza cuando alguna de nosotras lleva a la chimenea de su casa o al lavabo de la cocina documentos importantes y les prende fuego. La quema sucede en secreto, como ocurren los hechos más preciosos de la vida. El secreto es que las llamas consuman los documentos y las palabras y el orden de ellas para que las frases se extravíen hasta la eternidad trastocándose en cenizas.

Tu madre perdió un arete o dos en la alberca. Recuerdas a tus hermanos hundiéndose y revisando el fondo con dedicación para que la joya apareciera. Y apareció, alguna vez.

Una tarde, ella te llevó a la alberca y te dijo que era tiempo de que supieras nadar. Te quitó los flotadores y te obligó a entrar al agua. En segundos, te sumergiste hasta el fondo y miraste desde allá su contorno deforme y borroso arriba; esperaba en cuclillas, te observaba desde afuera. No hacías nada, estabas asustada. Ella esperó un poco más. Cuando vio que estabas decidida a quedarte allá hasta que te sacara, se metió al agua y te subió del brazo. ¡Me estaba ahogando!, gritaste al respirar. No puedo, mamá, añadiste, con los labios morados por el frío.

ELLA SE HIZO UN ESTUDIO DEL CEREBRO

Estaba acostada. El médico la había dejado sola en un cuarto a media luz. Si se hubiera visto en un espejo, habría encontrado su imagen: la cabeza cubierta con una gorra de la que salían cables. Una cinta marrón entre la extraña peluca, sensible a la electricidad, y la cinta atada como un cinturón. El médico inyectó gel por un orificio del gorro o por varios, ella sintió su textura pegajosa y el frío le tocó el cuero. Le pidió que se recostara y que atendiera los sonidos que dejaba salir una máquina sudorosa a la par de la camilla. Los tonos parecían un mensaje en clave morse. Pensó que lo podría descifrar. La máquina decía: oye, levanta la cabeza, sal de aquí, sálvate.

La máquina siguió con sus chillidos, unos agudos, otros graves. Tenía que distinguir entre ellos y contarlos, hacerlo del mejor modo posible. Esto es un examen de la mente, se decía, exhausta.

Las paredes pintadas de blanco. La puerta que da al pasillo: posible escapatoria. Quítate la gorra y sal, deja que el médico te vaya a buscar.

—Señorita, regrese, ¿qué hace?

Le duele la espalda. La camilla es incómoda. El médico entra y le dice que verá una luz sobre su cara. Lleva ya media

hora con los ojos cerrados. La luz comienza a parpadear, es intensa, hiriente como un cuchillo que corta sus globos oculares en pedazos mínimos. Dentro de su cerebro hay pequeñas pulsaciones que los cables llevan hacia la máquina que respira a su lado. Ella sabe que registra cada una de las ondas que emite su materia gris, vencida pero que, por fortuna, permanece rebelándose. Su cerebro dice: no me dominarán.

Cuando la luz termina de fundirse, en el silencio apenas tocado por el murmullo de los cables, el médico vuelve. Entra por la puerta, percibe que está obcecado con ella, nervioso, sorprendido. Le pide que continúe con los ojos cerrados. Lo hace. ¿Para qué vine?, se pregunta con enojo, con incertidumbre. ¿Quién soy yo? La máquina registra las pulsaciones eléctricas de sus preguntas y las lleva hacia la computadora que el médico maneja en un cuarto aledaño. Entonces sucede. Dormir pocas horas para llegar al estudio en un estado de conciencia frágil produce que, de súbito, se quede dormida.

Es en ese momento cuando ella se desdobra y sale de su casa para ir a la isla.

No sabe cuánto tiempo transcurre. Los cables tiemblan sobre su cabeza, son lombrices larguísimas, despiadadas lombrices que anotan los vaivenes de su sueño. El médico entra, pone la mano derecha sobre su hombro izquierdo y le dice: ya terminamos.

La máquina gris, cúmulo de acero y circuitos, exhala largamente.

Se incorpora despacio. Es una medusa frágil. Un cable mayor baja por el centro de su espalda. Son las doce del día de un mes de verano. El sol ha calentado cada rincón del consultorio. El médico clava sus dedos bajo la gorra a la altura de su frente y, en un solo movimiento estudiado y preciso, la despoja de las serpientes plásticas que pierden vida en cuanto se separan de ella. Mira la camilla, allí yace el gorro y le parece semejante a una criatura marina; el médico desata la cinta que le rodea la cintura.

Ya se puede ir, le dice. Deja con dificultad el cuarto. Entonces, la enfermera que la saludó al comienzo le señala la puerta de salida. Paga una buena suma de dinero por el estudio, por las serpientes. Mira el reloj, la aguja marca las 12:30. Es tiempo de salir a la calle. Cuando entra al elevador, se da cuenta de que una de las serpientes anida entre sus pechos. Quiere llevársela a casa, tenerla en una pecera con piedras y plantas mínimas, domesticarla.

Te llevas las manos a los ojos, tratas de buscar: piensas en el interior de tu cerebro. Allí está el mundo. Una reducción de él, con luces artificiales y todo. En ese mundo está la clave, fíjate bien en los muros: ve qué está escrito en ellos, los mensajes de los muros describen los asuntos más importantes del momento. Busca, rasca la pintura, encuentra la grafía, pronúnciala, di: aquí leo: se me terminó el tiempo de las lamentaciones y luego, una firma de trazos redondos al calce. Se terminó el tiempo, entonces, en el muro diminuto de las lamentaciones. Arranca un poco de pintura para dejar tu paso, la constancia de tu paso, sobre la pared desgastada por el tiempo, el sol y la lluvia.

El universo se extiende. La noche bajará su manto negro, poblado de ruinas y desastres. Entre las piedras de los muros, encontrarás otras letras que son las de tu nombre dicho al revés en un idioma extraño. Conjura. Levanta la nariz y el mentón, y conjura: que el tiempo rezume jugo de frutas, que tomes una cucharada de azúcar, que saques del armario el vestido rojo. Conjura: no me llamo de ninguna manera aún. La existencia tiene la lengua de una serpiente de color violeta con escamas brillantes bajo el sol y fluorescentes en la oscuridad. A veces, la existencia se asemeja a un juguete de la tienda más nefasta.

¿De qué modo puedes escribir la satisfacción que te provoca estar viva y a salvo?

Gimes, echas humo por la nariz y la boca. Aquí hay un incendio. Los colores del incendio no incluyen el anaranjado. Que alguien asista al incendio para presenciar un cuerpo que yace entre las llamas.

Los estudios de tu cerebro consisten en la evaluación del sistema de atención, los problemas afectivos, los impulsos, las ideas de persecución y la percepción de realidades que los demás no conciben.

EPILEPSIA

Una mujer estaba volando sobre las cabezas de todas nosotras. Se había quedado en la posición de loto pero iba y venía rozando el techo con la coronilla; crees que ella tenía unos cuarenta años, llevaba el pelo corto y unos *pants* de color verde esmeralda.

—¿Se puede llegar a volar, mamá?

Ella dijo que sí, de inmediato. No lo pensó ni un poco. Dijo: la mente es poderosa y con ella se puede lograr lo que uno quiera.

Tu madre pasaba largas horas bajo el sol, tendida bocabajo. Dormitaba, quizá. Cuando salías de la alberca, te sentabas sobre la toalla de hexágonos azules y blancos a tomar la bebida más preciada en la casa: Coca-Cola. La costumbre para beberla en aquel tiempo era exprimírle un limón encima y echarle sal. El salero estaba sobre la toalla y lo tomabas una y otra vez, veías la espuma de la Coca-Cola y le dabas un trago que te sabía delicioso.

Cuando llegue el momento de tu enfermedad, de tu vejez y luego tu agonía, pedirás una Coca-Cola bien fría para

darle un trago a través de un popote magnífico y dirás: siempre me encantó la Coca-Cola.

En Canaima, Venezuela, el agua de los ríos es del color de la Coca-cola.

Tu abuela estaba decidida a nadar en las aguas del delta del Orinoco. No podía dejarlo pasar. ¿Cómo estar aquí y no nadar en sus aguas?, decía una y otra vez. Había pirañas, pero ella no creía que fuera a sucederle nada. Se metió a la orilla del gran río y, entre risas y grititos de alegría, las invitó a hacer lo mismo. Allí Cristina, tu prima, y la otra Cristina, tu tía, tu abuela y tú se bautizaron Orinoco. Eso fue después de un paseo temerario en piragua. María de la Asunción, tu otra tía, las dos Cristinas, tu prima Eva y tú, iban de paseo en la barca delgada y larga. El agua estaba a dos centímetros de cubrir el borde. Al frente iba un hombre de los guarao, que remaba con facilidad sobre el gran río sereno. De pronto, tu abuela se puso de pie y empezó a bailar, movía con ganas las caderas de un lado al otro. La piragua la seguía y ustedes también. Olga estaba decidida a caer al agua junto con todas ustedes.

—¡No, abuela! —gritó tu prima Cristina.

—¡Qué no! —la apoyaste.

Pero Olga seguía, muerta de risa, bailando. Tus tías no sabían si gritar o guardar silencio, dejaban salir un “¡Pero... Olguita, chica!”, con suavidad, con temor. El hombre reía, también. Cuando ella vio la histeria verdadera que había propiciado, regresó a su sitio y se sentó, tras decirles que eran las mujeres más aburridas y bobas que había conocido.

Tu madre se había detenido en la puerta de la casa. La vecina salió a abrir. No sabes a qué iba tu madre hasta esa casa, pero necesitaba sostener una conversación. Mientas hablaban, te pusiste a saltar en los escalones de la entrada. De pronto, te caíste. Tu madre te dijo: eso te pasa por estar brincando.

La muerte de tu madre sucedió hace ocho meses. Los últimos días, ella tenía los ojos aún más grandes. La delgadez de su rostro los proyectaba hacia fuera, dos enormes lámparas. Parecían reflejar el miedo; guardaban la rabia de morir demasiado pronto.

El rostro de la doctora decía, a simple vista, historias como la tuya. Hablaron durante dos horas. Es probable que la sustancia te provocara una alegría desmedida, pero la conversación fue –en medio del dolor– alegre. Saliste con los brazos extendidos hacia el cielo. Caminaste por los pasillos del hospital así, con el gesto de quien se entrega a fuerzas superiores. Comulgaste. Los dedos de las manos extendidos, la cabeza mirando al frente, con un orgullo extraño, las rodillas doblándose para dar pasos de triunfo. Las personas que andaban por allí –los enfermos y sus parientes, los médicos– te miraban esperando a que dijeras por qué estabas con los brazos extendidos. ¿Qué hace?, se preguntaban. Cuando llegaste a la calle, aún sostuviste los brazos para darlos al aire libre. Agradezco el don que se me ha dado, murmurabas, con la risa que la complicidad de la doctora te había dejado. Lo que sucedió mientras hablabas con ella es tan sagrado que no lo narrarás. Se trata de un preciado espacio de tiempo donde uno puede ver las líneas de sus manos como surcos de tierra en los que crece el musgo verde. Revivir.

Ciertas transformaciones del alma suceden de manera imperceptible. La voz se hace más fuerte, las piernas cobran vigor, el corazón gana más sangre. Del otro lado, más allá de las ciento setenta y nueve fronteras que has cruzado con

el pensamiento, recobras tu cuerpo y el alma viene, de regreso: entra por tu boca, te calienta la tráquea, baja hacia tu estómago y produce sonidos de aire, desciende hasta tu vientre y gesta el cosquilleo de la reconcepción. No pensabas que podrías respirar con el alma plena de nuevo.

Los recuerdos se dispersan. La imagen es: una gota de aceite cayendo en el agua. No puedes recoger lo que sucedió dentro de ti, los impulsos y la angustia fueron tan primitivos que reniegan del lenguaje, giran, huyen, se convierten en burbujas irrompibles, blindadas como si fueran de acero.

No es tarde ni temprano, sin embargo, el tiempo presente tiene la contundencia de lo vivo. El tiempo presente respira sobre tu boca y te deja un vaho que huele a flores.

Cuando velaron a tu madre había flores. Rosas, sobre todo. Arreglos enviados por personas allegadas a la familia. Ahora mismo, el recuerdo de ella en el ataúd te parece parte de una película que fuiste a ver al cine. La ilusión plena. No sabes si en realidad viviste esa noche y los meses que antecedieron a su muerte. "Agonía" es una palabra que se escurre y anuncia la propia muerte. Si alguien querido agoniza, se agoniza a la par suyo.

No dejas de pensar que existen experiencias durante la enfermedad de tu madre y a la hora de su muerte, existen experiencias que no viviste. Porque habrías querido vivir en plenitud los últimos meses con ella, pero no te era posible. La fragilidad es, también, una manifestación del ego.

¿Escribir sobre la muerte de tu madre y acerca de su condición no es ser una persona vil? Decir que estás viva, ¿te coloca en una situación de privilegio sobre la muerte?

Hace unos días, cuando hablabas con tu amiga Fabiola, llevabas puesto un collar heredado de tu madre. Se lo dijiste porque ella ve siempre más allá. Siguieron conversando y, de pronto, el collar se rompió y cayeron las amatistas por el suelo.

Es martes. El verano llegó un poco tarde. Llevas una camisa sin mangas. Desde ayer estás nerviosa porque en un par de días sabrás el diagnóstico de los estudios que te hiciste.

Ya revisaste los resultados. No eres normal.

Vas a ciegas, describiendo lo que sientes, lo que ves. En tu situación es imposible saber si lo que escribes será para bien o para mal. Después, a esperar, ver las ondas en la superficie del agua, dormir una vida, anestesiar un pensamiento, claudicar sin darse cuenta.

Aquí hay varios hombres con sombrero de bombín cargando una caja.

Esto sucedió por mirar a otro sitio.

La palabra sujeta por un anzuelo.

1000

1000

LA GALLINA CON UNA CICATRIZ EN LA CABEZA

Los animales del mundo eran una creación robótica. Había una perra que daba asco por pequeña; sus ojos fueron a buscarte desde el pie de tu cama la noche de la boda. La corriste del cuarto como si fuera emisaria del diablo. La habías escuchado gemir unas horas antes, también chillaba como si supiera lo que pensabas tú. Estaban tú y ella solas en la casa y la fiesta sucedía un poco más allá. Ya los comensales soltaban alaridos.

A la mañana siguiente, viste una gallina siniestra con la cabeza cruzada por una cicatriz carnosa: la marca de la fábrica, te dijiste. Los perros mayores eran falsos, sus hocicos de lata cubiertos de pelo dejaban escurrir baba de glicerina. En el horizonte, se alzaban los volcanes con madejas de nubes; no podía verse ninguna cumbre.

Eran las dos en punto cuando se acercó a ti el hombre de la gabardina. Poco después, subieron el monte, parecía que iba a amanecer, pero el día estaba en plenitud. Regresaste sola, llevabas el estómago hecho un puño de ácidos. Caminabas sobre el polvo demasiado fino de la vereda; bordeabas el terreno de los religiosos de la zona y el polvo parecía cocaína cubriéndote la mitad de las piernas. Tronó el cielo avisando el agua y pensaste otra vez que un gran ojo te miraba

desde lo alto a ti, diminuta, cruzando el bosque, llorando una pena eléctrica.

Has perdonado a tu abuela al recordar el júbilo que te producía salir temprano de su casa, con el frío comiéndote las mejillas, a ver si había puesto la gallina.

ELLA SE HIZO UNA LIMPIA

Estar en un cuarto con un hombre que le sostiene la cabeza mientras reza a Dios, a los dioses, a todos los dioses para que las envidias se vayan “de esta pequeña, del cuerpo de esta pequeña”. Alrededor suyo, camina un muchacho que más tarde le sonreirá en la farmacia, cuando compre unas papas fritas. El muchacho gira alrededor agitando un cascabel o algo semejante. Frente a ella hay un altar con todos los santos. Una piedra en el suelo levemente manchada de rojo. El hombre le pasa un manojito de ruda por el cuerpo, se detiene en su espalda y en las pantorrillas. Quiere que se alejen. Y aprieta los ojos porque no quiere ver que está allí, de pie, frente al altar. También le hubiera gustado no escuchar al hombre, su voz era demasiado desagradable.

Después, tira el alcohol al suelo y enciende una llama, toma un trapo y lo prende para dar un latigazo con él y apagar el fuego.

Toma un huevo y se lo pasa por la espalda, la cintura y las rodillas, después se lo entrega, toma sus manos que sostienen el huevo y las lleva hacia su pecho. Poco después, se lo pide y lo estrella en el canto del vaso con agua y lo vacía dentro. La verdad asoma en la clara grisácea.

¿Cómo se convierte una persona en atractiva para el diablo?

El hombre, que lleva una bata de laboratorista con el cierre subido hasta el hueco de las clavículas, le dice que necesita tres trabajos más.

Su ayudante ya no está. Antes de irse, le sonrió con unos caninos de leche.

LA MUJER QUE PARTIÓ A LA ISLA SÍ ERES TÚ

La tarde anterior, mientras estabas de pie frente al lavadero del patio, sentiste la presencia de ella de nueva cuenta. Giraste para buscarla: solía rondar por la casa y figurarse solo después de la caída del sol —su contorno era azulado, en ocasiones, tenía la consistencia de un musgo ocupando el aire— y encontrabas un polvillo fino, también de color azul, sobre los muebles y la alfombra.

Esa tarde ella hizo algo distinto porque sentiste un leve dolor en el hombro, como si te hubieran clavado una aguja. Y luego observaste que brotaba un halo de luz sumamente delgado de tu hombro hacia la puerta de la sala. Es probable que se tratara de una extensión.

Incluso, cuando llegaste al puerto sentiste escozor en el mismo hombro. Tal vez ella habría conseguido atravesar tu carne por primera vez.

Otra particularidad de su última aparición aquella tarde es que conseguiste ver, reflejada en el cristal del vidrio del patio, su cabeza: su cuero dando destellos bajo la lámpara de la sala. Su carencia de pelo es también una imitación, te dijiste. Ella quiere ahora, porque se le ocurre y porque puede, asemejarse a una enferma de cáncer.

¿De qué manera exacta morirás en la isla? Es factible enumerar varias posibilidades, una de ellas es común: tu respiración irá apagándose y el corazón latirá cada vez más despacio hasta que, de súbito, des la última bocanada y hagas un gesto horrible, como si estuvieras tragando un brebaje que, de tan amargo, te fulmine. Será por los ácidos de tu estómago y las pastillas.

Tres o cuatro días antes de que muriera tu madre, le dijiste: si quieres gritar, grita. Ella estaba sentada a la orilla de la cama, con las palmas de las manos puestas en el colchón. Miraba el suelo. No lloraba. Su debilidad era tan extrema que no podría haber llorado. ¿Cómo, entonces, iba a gritar?

El viento sopla con tal fuerza afuera que es del todo posible ver la cabaña en la que estás arrancada del suelo y volando dentro de un torbellino.

Las almas libres procuran controlar para no morir de miedo.

Es cierto lo siguiente:

- a. Tu abuela no atravesó la pared de tu casa.
- b. *El camarón* (el maestro de yoga de tu abuela, el Swami) era un estafador vestido de anaranjado.
- c. Los hechos más terribles suceden en silencio.
- d. El núcleo de tu cerebro tiene una electricidad normal.
- e. La mujer sí murió en la isla. Y antes de llegar observó, en medio de un pánico bastante natural, un islote rocoso con la forma de una iguana.
- f. El polvo azul que ella dejó encima de tus muebles es verídico.
- g. No hay testigos de la manera en que probaste el líquido que exudó la pared de tu casa cuando encontraste el contorno diminuto de un bisonte y la mano dibujados allí.
- h. El hombre que llevaba las cajas de cartón a la azotea la vio salir.
- i. El dirigible que distinguió en el aire y en el que leyó "Coca-Cola" existió.
- j. Si se intercambia dinero se provocan muertes.
- k. Tienes el arcángel san Miguel que era de tu abuela. También Eunice Odio, Amparo Dávila y Elena Garro eran devotas de él.

- l. Supiste que eran amigas cuando tu abuela ya había muerto.
- m. Si llega un hombre con el flequillo ralo y engrasado a tocar a tu puerta y lleva bajo el brazo una guía de viajes, no le abras.
- n. La vida es eterna, no tiene muerte.
- o. Hubo una vez un árbol y era verdadero.
- p. Te dieron un anillo con una esmeralda y dos brillantes. Debe de ser tu única herencia. Y dijiste: no es para mí.
- q. Dicen que tu abuela tenía un maletín con joyas y que tu madre y sus hermanos vivieron muchos años del dinero obtenido por sus empeños.
- r. Hay escrituras que te hacen mejor persona y hay otras.
- s. La rata que se te subió al brazo aquella vez era la reencarnación de un familiar tuyo.
- t. No tiene sentido que estos incisos alcancen todas las letras del alfabeto.

En este instante la mujer que está en la isla siente sed, se trata de la más intensa necesidad de agua que ha experimentado, pero no puede beberla: no la tiene y, además, ya ha determinado que sus días se extingan allí. En el horizonte observa el chorro de agua marina expulsado por una ballena gris. Tiene un calzoncillo azul y el pecho descubierto. Hace unas horas ingirió las pastillas y ya siente que le arden las tripas; por el esófago sube un sabor amargo a su lengua, el centro de la frente le hormiguea como si tuviera alfileres debajo de la piel que, poco a poco, van extendiéndose hacia la nariz y los pómulos. Los ojos le arden por el sol y el sudor, tiene trances en los que su vista se distorsiona, entonces cree notar el recorrido de la luz.

Ha estado sentada en la orilla de la playa. Permite que su cuerpo realice la primera renuncia, y se acuesta para llevar los brazos encima de su cabeza y coronarse con sus manos entrelazadas. Quizá derivado de este movimiento, se da cuenta de una punzada en la vejiga y cede: está orinando sobre la arena. Transcurrieron seis horas desde que llegó a la isla y, hasta este momento, no había orinado. Lo último que bebió fue un café y un jugo de naranja durante el desayuno en el puerto.

Ahora mira el cielo. Las nubes no ocupan el espacio que observa, pues se han concentrado en el horizonte, al borde

del mar. Sigue con los brazos encima de la cabeza y, de pronto, inicia el tránsito: los pies descansan abiertos, el izquierdo comienza a moverse. Primero lo hace como si reaccionara a un impulso nervioso, luego se convulsiona. La mujer no desata los dedos de sus manos. Algo sujeta. Va perdiéndose ella, yéndose; la velocidad de su deceso aumenta conforme saborea la indecible amargura de la lengua, la pone sobre el paladar y exhala por la nariz como si estuviera limpiándose los conductos de un humo espeso y negro, pero el aire brilla en ese momento. Si hubiera un testigo, vería los filamentos de luz que brotan de su pecho y suben, y vería también que ella dice una palabra, la última. Los párpados caen sobre sus ojos y hacen parecer que los tuvo siempre así, cerrados como una boca que no se abre, los párpados cosidos con hilo de pescar.

Siente un crujido en el vientre, algo estalla, se retuerce un poco, pero sus manos permanecen coronándola. Luego experimenta un desgarramiento interior y percibe, con claridad absoluta, que sus órganos se desmadejan y desparraman sus líquidos y grasas.

Es ella. Se trata de ella.

A su boca ha llegado un líquido casi negro. Próxima al más allá, donde se encuentra, su boca refleja las voluntades de su cuerpo y hace un buche con el líquido, lo tantea con su lengua marchita para dejarlo salir despacio por el borde derecho de la boca, como si llorara.

En movimientos mínimos, sus manos se descruzan, liberadas de la procuración anterior. Debajo de sus párpados, entorna los ojos hasta el punto más alto, hasta donde es posible. Los ligamentos se quiebran. Sus ojos se dislocan y quedan libres dentro de las cuencas.

Convencida de la presencia de un testigo abre los labios ennegrecidos y aspira. Es un gesto que comparte la última bocanada de aire con esta, su primerísima muerte. Exhala por la nariz y comienza su extinción.

FIN DEL MUNDO

Ella murió después de padecer una enfermedad que redujo la masa de su cuerpo a treinta y cinco kilogramos.

Ella no podía respirar. Los pulmones eran fibrosos, el corazón estaba débil. Llegó a vieja.

Ella se desdobló sin darse cuenta. Terminó sus días en una isla.

A ti va a crecerte el corazón hasta que se te asome por la boca. Es una inclinación, es tu anhelo y será realidad.

Los cientos de ojos color lila de la jacaranda miraron morir a tu madre.

Cuatro de octubre de 2014. Vas a quedarte dormida y tu madre aparece dentro de tus ojos y luego, en el mundo, en la realidad. Habla, gesticula, está viva. Va contigo. ¿Qué dice? No sabes, pero sus gestos son característicos. Su cuerpo ocupa el espacio.

Deja ahora que los miedos pasen, que sigan de largo, que aquí no encuentren otro cuerpo.

Di: te fuiste demasiado pronto, mamá, o demasiado tarde llegué yo.

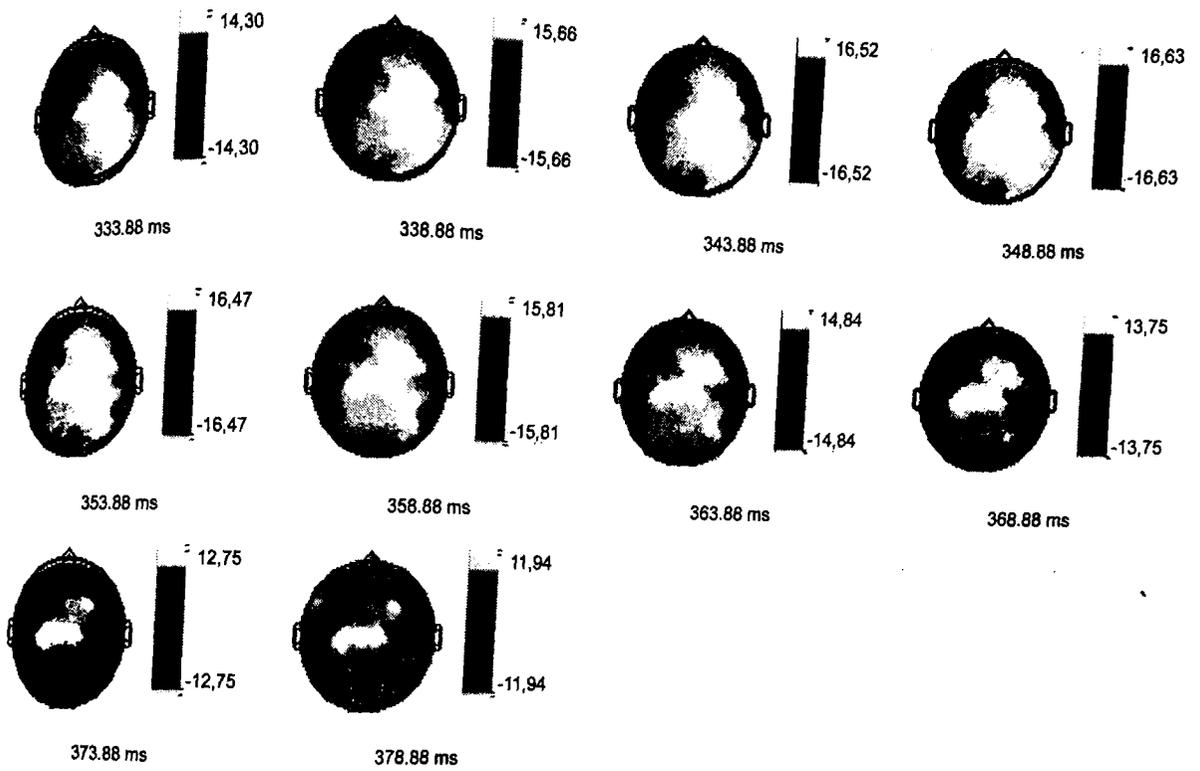
Antes de ingerir las pastillas, la mujer en la isla recorrió la costa. El sargazo pintaba el final de la playa y se extendía sobre el agua unos metros, como una espuma anaranjada. Hundió los pies entre las algas. Se detuvo al distinguir una botella roja de plástico resguardada en las suaves ramas. No lejos de allí, en los muros de las ruinas prehispánicas del continente, los caracoles diminutos y vivos se aferraban a las piedras y había otros enterrados en la arena.

Le dijeron que unos kilómetros más allá, en medio del mar, hay una isla de plástico: los desechos se han sumado allí. Es una esperpéntica isla de colores. Si nadara a través de los envases y los trozos de plexiglás podría contar cómo se han transformado. Su brillo —lo más atractivo— se habrá perdido, como sucedió con la botella que encontró; la sal del agua y el arrastre habrán opacado los desechos.

Desde la ventana del estudio ves las hojas metálicas del árbol. Bajo él, una sombra en forma de estrella se dibuja sobre el suelo. No es demasiado temprano ni tampoco demasiado tarde. Este mundo ha alcanzado su final.

Silencio. Aquí está ella, detrás de una puerta cerrada que la luz del interior enmarca.

Amplitud de la señal



Zonas de hiperactivación durante periodos no paroxísticos (LORETA) en ángulo anterior dorsal, septum y giro recto bilaterales, frontal superior rostral izquierdo y amígdala derecha.

NOTA DE LA AUTORA

Las imágenes reproducidas a lo largo del libro son parte del “Análisis espectral del electroencefalograma y potenciales relacionados a evento” que me realicé en mayo de 2014. Los fragmentos de texto que las acompañan han sido tomados de los hallazgos e interpretaciones médicas de este análisis.

Agradezco a Blanca Gaxiola, médica psiquiatra, y a Montserrat Gerez, médica neuróloga y psiquiatra, por haberme ayudado a comprender las descargas eléctricas exageradas de mi cerebro. Y a Guy Pierre Tur por ayudarme a equilibrar el sol.

ÍNDICE

I, 9

TEN CUIDADO CON LAS PERLAS, 11

SUPERPOSICIONES, 17

LA MUJER DE LA ISLA, 27

TE TRASLADAS HACIA ALLÁ, 31

RETABLO DE LAS MARAVILLAS, 39

ELLA VA HACIA LA ISLA, 45

II, 49

EN LA FRENTE UNA FLOR, 51

LA MUJER DE LA HISTORIA, 55

OCURRIÓ ASÍ, 63

LA BELLEZA DE LA LUZ ES TU RASTRO, 69

LA REDONDEZ DE UN HUEVO, 75

LA PASCUA, 79

DE CERCA NADIE ES NORMAL, 87

III, 95

LA ESCRITORA PERSEGUIDA, 97

ELLA SE HIZO UN ESTUDIO DEL CEREBRO, 101

EPILEPSIA, 105

LA GALLINA CON UNA CICATRIZ EN LA CABEZA, 113
ELLA SE HIZO UNA LIMPIA, 115
LA MUJER QUE PARTIÓ A LA ISLA SI ERES TÚ, 117
FIN DEL MUNDO, 125

NOTA DE LA AUTORA, 129

Daniela Tarazona (Ciudad de México, 1975) es autora de *El animal sobre la piedra* (México, Almadía, 2008 y Argentina, En-tropía, 2011). En 2012 publicó su segunda novela, *El beso de la liebre* (Alfaguara), que resultó finalista del premio Las Américas (Puerto Rico) en 2013. En 2020 dio a conocer el libro *Clarice Lispector. La mirada en el jardín*, en colaboración con Nuria Mel (Lumen). Textos suyos han sido traducidos al inglés y francés.

Ha sido becaria del programa Jóvenes Creadores y es miembro del Sistema Nacional de Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA). En 2011 fue reconocida como uno de los 25 secretos literarios de América Latina por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

TÍTULOS EN NARRATIVA

El animal sobre la piedra

Daniela Tarazona

El día que apagaron la luz

Los accidentes

Camila Fabbri

El asedio animal

Vanessa Londoño

Furia

Clyo Mendoza

Señales distantes

Ausencio

Antonio Vásquez

Ansibles, perfiladores y otras máquinas de ingenio

Andrea Chapela

El libro de los dioses

Las increíbles aventuras del asombroso Edgar Allan Poe

Inframundo
La octava plaga
Toda la sangre
Carne de ataúd
Mar negro
Demonia

Los niños de paja
Bernardo Esquinca

Examen extraordinario
El vértigo horizontal
La casa pierde
El apocalipsis (todo incluido)
¿Hay vida en la Tierra?
Los culpables
Llamadas de Ámsterdam
Juan Villoro

Linea nigra
Jazmina Barrera

El hombre mal vestido
Lodo
El hombre nacido en Danzig
Mariana constrictor
¿Te veré en el desayuno?
Guillermo Fadanelli

Caballo fantasma
Karina Sosa Castañeda

Nefando
Mónica Ojeda

La corazonada
Barry Gifford

150 cuentos cortos. Antología personal
Lydia Davis

Profesores, tiranos y otros pinches chamacos
Emma

El tiempo apremia
Poesía eras tú
Francisco Hinojosa

Cameron
Hernán Ronsino

Pajarito
Claudia Ulloa Donoso

Los que hablan
Ciudad tomada
Mauricio Montiel Figueiras

Una niña está perdida en su siglo en busca de su padre
Aprender a rezar en la era de la técnica
Canciones mexicanas
El barrio y los señores
Jerusalén
Historias falsas
Agua, perro, caballo, cabeza
Gonçalo M. Tavares

Las tres estaciones
Bangladesh, tal vez
Eric Nepomuceno

Pájaros en la boca y otros cuentos
Distancia de rescate
Samanta Schweblin

Tiembla
Diego Fonseca (editor)

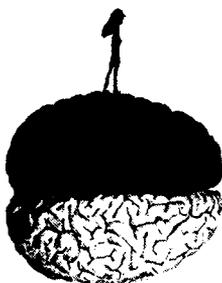
La invención de un diario
Tedi López Mills

En el cuerpo una voz
Maximiliano Barrientos

Planetario
Mauricio Molina

Obra negra
Gilma Luque

ISLA



PARTIDA

de Daniela Tarazona
se terminó de
imprimir
y encuadernar
en agosto de 2021,
en los talleres
de Litográfica Ingramex S.A. de C.V.,
Centeno 162-1,
Colonia Granjas Esmeralda,
Alcaldía Iztapalapa,
Ciudad de México.

Para su composición tipográfica se empleó la familia Bell Centennial.

El diseño es de Alejandro Magallanes.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Dulce Aguirre.

La formación de los interiores la realizó Ana Paula Dávila.

La impresión de los interiores se realizó sobre papel Bond ahuesado de 75 gramos
y el tiraje consta de 1800 ejemplares.

En los pasillos de esta novela, una mujer se repite y multiplica. Se desdobra. Una de ellas elige la renuncia y el escape; la otra permanece siguiendo su propio rastro. Algo sucede en su cerebro. En ese trance, cuando sus recuerdos, sueños y miedos se entrecruzan en un presente continuo, ellas se preguntan si el pulso de su deseo es seguir viviendo.

Isla partida es una novela fractal, poliédrica, una escritura del delirio que retrata un pensamiento fuera de los límites; una casa de los espejos hecha de lenguaje. ¿Puede la escritura dar cuenta de una mente desbordada y las creaciones de sus descargas eléctricas?

Este libro es el trabajo más valiente y arriesgado de Daniela Tarazona. Una experiencia narrativa y poética en la que cuerpo, memoria y frenesí entran en tensión para recomponer el mundo y, por lo tanto, la identidad del yo.

Ésta es una novela sobre la electricidad que nos habita, a veces de manera previsible, a veces como una tormenta de relámpagos en el cerebro. Es también sobre la relación de una escritora con su madre y sobre lo frágiles que son la memoria y el lenguaje. Pero sobre todo es acerca de la lucidez terrible que viene con ser anormal, y cómo la poesía es la única ciencia que permite entender lo que alguien así ve.

YURI HERRERA

La metamorfosis emprendida por Daniela Tarazona en *El animal sobre la piedra* alcanza aquí su forma plena, que, paradójicamente, no es una forma sino su disolución: una manera de desaparecer en las palabras. La autora se ha convertido en escritura. El lenguaje, otra mujer que es puro lenguaje ha partido a una isla con la intención de suicidarse. O, más bien, una mujer –la misma, otra, cuál, ninguna– no ha partido a una isla. Buscar un sentido, un significado oculto, un relato coherente de todo cuanto existe y acontece es la ocupación de los locos y los desesperados, parecería advertirnos, una y otra vez, la protagonista de *Isla partida*. Y sucede así. Sucede que entiendo y no entiendo este libro. Pero es en lo que no entiendo donde mejor alcanzo a experimentar su atroz lucidez como un escalofrío de belleza y verdad.

LUIS FELIPE FABRE

NARRATIVA

ISBN: 978-607-8764-62-4

